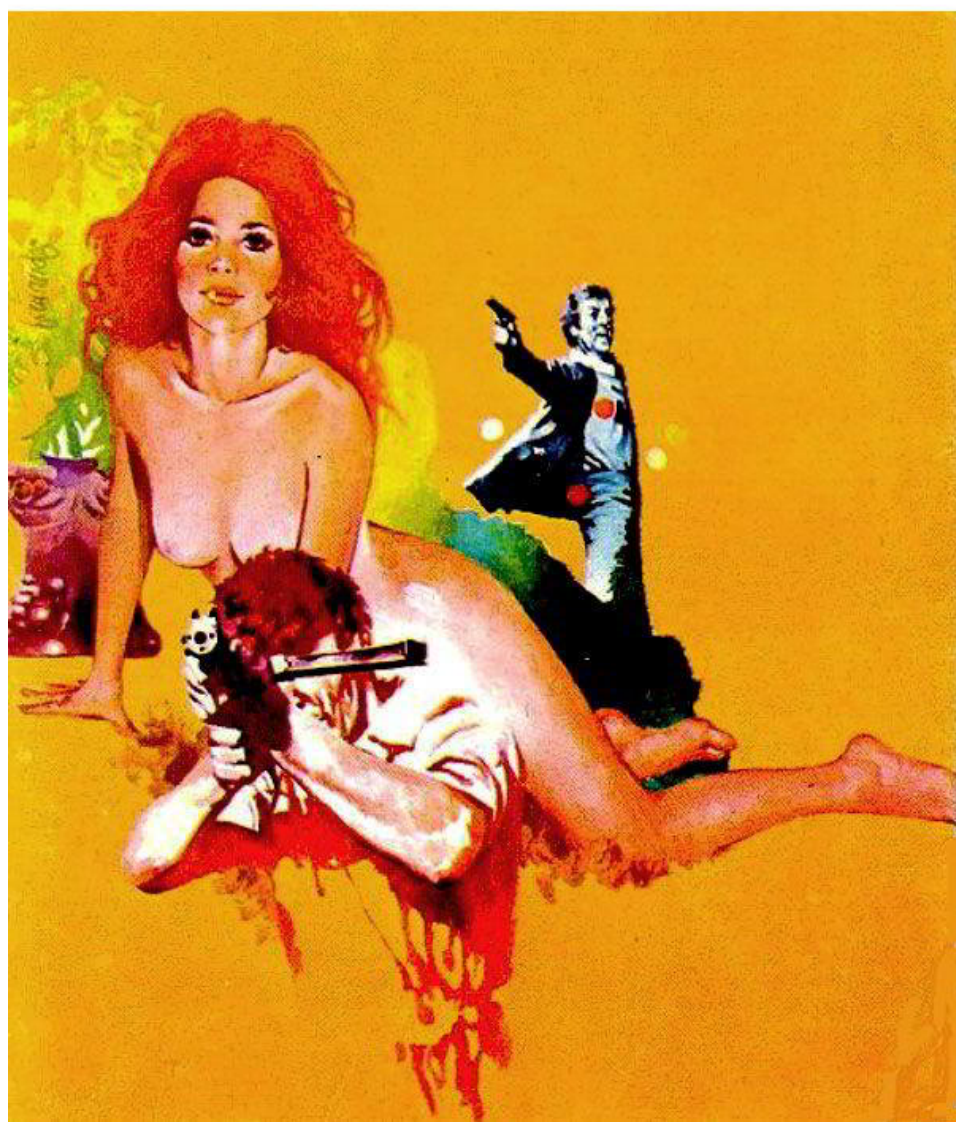




luna de miel con la muerte

KEITH LUGER



—¡Vivan los novios...!

Carroll y Richard salieron de la iglesia y sobre ellos cayó una lluvia de arroz.

Las amigas de Carroll chillaban y aplaudían.

La tía de Carroll, Suzanne, el único familiar, gritó:

—¡Escribe, Carroll...!

—Sí, tía, no te preocupes...

Publicada por editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 194, en el año 1966.



Keith Luger

Luna de miel con la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1385

ePub r1.1

Lds 25.10.18

Título original: *Luna de miel con la muerte*

Keith Luger, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Vivan los novios...!

Carroll y Richard salieron de la iglesia y sobre ellos cayó una lluvia de arroz.

Las amigas de Carroll chillaban y aplaudían.

La tía de Carroll, Suzanne, el único familiar, gritó:

—¡Escribe, Carroll...!

—Sí, tía, no te preocupes...

Pamela, la más jovencita de las amigas de Carroll, se puso a dar saltos.

—¡Tu ramo de azahar...! ¡Quiero tu ramo de azahar...!

Pero había muchas más candidatas al ramo.

Todas se pusieron a gritar al mismo tiempo.

Carroll y Richard corrían, cruzando el jardín bajo un diluvio de arroz.

Junto al bordillo de la acera les esperaba su coche que, como era natural, aparecía con aquellas guirnaldas especiales de cacharros de cocina y latas que habían atado a la popa.

Carroll se volvió con su ramo.

Vio correr hacia ella a media docena de sus amigas.

—¡Ahí va...! —dijo.

Cerró los ojos y lanzó el ramo al aire.

De seis gargantas juveniles brotó un mismo grito que se convirtió en un rugido.

Entonces, Carroll abrió los ojos.

No, no era Pamela quien había atrapado su ramo de azahar, sino Francesca.

Lo celebró porque, indudablemente, Pamela no se quedaría soltera, ya que tenía muchos admiradores a su alrededor. En

cambio. Francesca debía luchar con su timidez.

Carroll sintió que el brazo de Richard la tomaba por el talle.

—Nena, si no nos vamos, corremos peligro de que nos despedacen.

—Si, Richard.

Los dos se metieron en el auto y Richard lo puso en marcha.

Los invitados a la boda ya se habían aglomerado ante la entrada del jardín.

Tía Suzanne se llevaba un pañuelo a los ojos. Ahora, agitó la mano.

—Carroll, escribe...

—Sí, tía, no te preocupes... Escribiré...

El coche arrancó y eso provocó un nuevo alarido entre las muchachas.

Poco después, salieron de Center Port.

Carroll dio un suspiro y apoyó la cabeza en el respaldo.

Tres semanas antes había cumplido los veintitrés años, y era bonita, de cabello rubio como el trigo en el mes de agosto, ojos azules, nariz respingona y boca corta, de labios gruesos.

—¿Cansada? —Oyó que le preguntaba Richard.

Dobló ligeramente la cabeza y miró al hombre que hacía pocos minutos se había convertido en su esposo.

—Sólo es la emoción.

Richard sonreía.

Era lo primero que le había gustado en él. Aquella forma de sonreír. Cuando lo hacía, se le formaba un hoyuelo en cada mejilla.

Pero había otras cosas en Richard que la cautivaban.

Era un hombre guapo, pero varonil.

—¿Cuántos años tienes, Richard?

—¿Eh?

—Nunca, te lo pregunté.

Richard sonrió de la forma que a ella le encantaba.

—¿Cuántos crees que tengo?

—Yo diría que treinta.

—Fallaste por poco. Son veintinueve.

—En realidad, ahora me doy cuenta, Richard.

—¿De qué?

—De que sé muy pocas cosas de ti... Me refiero a cosas

personales.

—¿Te dije dónde nací?

—Claro que sí. En Nueva York... Tus padres vinieron de Escocia en 1923. El era tonelero, pero el negocio ya no marchaba bien en las islas. Se empleó en Nueva York... No tenían hijos, y aún tardaron varios años en tenerlos, al primero y al último, a ti... No te gustaron los estudios, habías nacido para los negocios. A los dieciséis años estabas ganando tres dólares diarios... Llevabas los libros de contabilidad a un almacenista de alcoholes. Luego, pasaste por diferentes empleos, hasta que un día la Fidelis, una compañía de seguros, se fijó en tus cualidades. Empezaste como agente y ahora eres un investigador... Cobras seiscientos dólares al mes y, cuando sales de Nueva York, tienes dietas.

Richard apartó una mano del volante y la puso sobre la de Carroll, que la tenía en el muslo.

—Eso quiere decir que nuestra luna de miel, corre por cuenta de la compañía.

—¿Cuántos días tardaremos en llegar a Nueva York?

—Podríamos hacer el viaje en tres días, pero dejaremos transcurrir seis, ya que el patrón quiere que me olvide de los negocios y que atienda bien a mi mujercita.

Richard se inclinó sobre ella y la besó en la nariz. Luego, volvió a ocuparse del volante, sonriendo.

Carroll dio otro suspiro. Estaba satisfecha. Sí, había encontrado al fin su felicidad. Richard era el hombre de sus sueños.

De pronto se echó a reír.

—¿Dé qué te ríes? —preguntó Richard, dirigiéndole una mirada de soslayo.

—Estoy recordando nuestro primer encuentro... Debí parecerle una ridícula provinciana, allí en aquel callejón, con el barro hasta el tobillo...

—No, no fue nada ridículo, todo lo contrario... Al verte en aquella situación, recordé cierto cuento de hadas que oí cuando era pequeño... Una princesa se encontraba en tus mismas condiciones, cuando llegó un leñador, la tomó en sus brazos y la sacó del barrizal... Los dos se miraron a los ojos y entre ellos nació el amor.

—Tú no me tomaste en brazos.

—Pero tuve deseos de hacerlo, y también de besarte.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Me pareció demasiado precipitado. No se pueden hacer esas cosas sin correr el riesgo de recibir una bofetada... Especialmente, cuando uno se encuentra en un pueblo que no conoce...

—En realidad, no creo que tardases mucho tiempo en besarme. Lo hiciste una hora y diez minutos más tarde.

—¿Lo cronometraste?

—Claro que sí. Y la razón fue que yo deseaba que me besaras...

Los dos rieron.

—Tu tía te va a echar de menos —dijo Richard.

—Sí. Pero sólo será al principio. Ella tiene a sus amigas, sus reuniones... De todas formas, no me olvidaré de escribirle. Tendré que hacerlo con frecuencia, o se nos presentará en Nueva York el día menos pensado.

—Sería bienvenida.

—Ya sé que simpatizaste con ella. Pero no permitiré que nadie estropee nuestra luna de miel.

—¿Por qué?

—Da la impresión de que nuestra luna de miel va a ser muy larga. Quisiera que durase meses, años..., toda la vida... ¿Tú no, Richard?

—Claro que sí. ¡Qué preguntas se te ocurren!

La joven se puso a parpadear.

—Eh, Richard, estoy pensando que existe una luna de miel inmediata, la que sigue a la boda. Quiero decir que tendremos que pararnos en algún sitio.

—Sí.

—¿Dónde?

—Ya lo tengo previsto.

—Está bien, lo tienes previsto, pero ¿te das cuenta? Llegaste esta mañana y es la primera vez que tengo ocasión de hablar contigo a solas. Debería desterrarse esa absurda idea de que el novio no debe de ver a la novia antes de la ceremonia... Luego, resulta que, cuando lo ve, hay un montón de gente a su alrededor... Y no he hablado contigo desde hace quince días...

—Claro que hablaste conmigo.

—Oh, sí, dos veces por teléfono, pero eso no cuenta... Me gusta hablarte mirándote a los ojos...

—Me temo que ahora no lo puedes hacer o pondremos en peligro nuestra inmediata luna de miel.

Al cabo de un rato, ella dijo:

—Richard, ¿por qué no me dices en dónde nos detendremos?

—Haremos una primera parada en Jefferson City para almorzar y continuaremos nuestro viaje. Llegaremos a nuestro nido al anochecer... Pero no me preguntes más. Quiero darte una sorpresa.

—Como tú quieras...

Al cabo del rato, Carroll dijo:

—Richard, estaba pensando en nuestros hijos.

—No está mal.

—¿Cuántos tendremos?

Richard soltó un gruñido.

—No sé, la verdad es que nunca pensé en ello...

—Muy bien, ya está planteada la cuestión y puedes dar una respuesta.

—Creo que con dos tendremos bastante.

—¡Ni hablar...!

—Eh, Carroll, no querrás que tengamos una docena de sucios mocosos.

—No tendría inconveniente en que fuesen una docena... Me gustan los niños, sí, Richard, me gustan mucho... ¡No me digas que a ti no te agradan...!

—Claro que sí, Carroll... Pero, si son muchos, no vamos a tener una noche libre...

—Lo podré arreglar. Quiero ser la perfecta ama de casa. Sí, Richard, durante las últimas semanas soñé muchas veces con nuestra casa en Nueva York...

En aquel momento, Richard detuvo el coche.

—Eh, ¿ocurre algo? —inquirió Carroll.

—Nada. Pero voy a quitar esos cacharros.

—¿Por qué?

—Hacen mucho ruido. Todos se nos quedan mirando.

—¿Y qué tiene de particular? Me gusta que se fijen en nosotros... La gente disfruta con ver a unos recién casados... ¿Por qué quitarles esa satisfacción?

—Te lo diré, pequeña —le pellizcó la barbilla y la besó en los labios—. Éste es un asunto particular entre tú y yo, y a nadie más le

importa.

Dicho esto, Richard fue hacia la parte trasera del coche y quitó los cacharos.

Poco después, el auto corría otra vez.

Llegaron a Jefferson City y comieron en un restaurante de la Calle Mayor.

Al cabo de una hora, estaban otra vez en la carretera.

Carroll bostezó.

—¿Tienes sueño, querida?

—Claro que lo tengo. No he pegado ojo en toda la noche.

—Puedes dormir. Tardaremos cinco horas en llegar a nuestro destino.

—Pero tú también estarás cansado... Quiero conducir un rato.

—No, prefiero hacerlo yo. Tú te perderías. Tendré que desviarme unas cuantas veces.

—De acuerdo.

Carroll se arrellanó en el asiento y no tardó en quedarse dormida.

Soñó con Pamela, con su tía Suzanne, y con las otras muchachas.

En un momento determinado, le faltaba el ramo de azahar, y preguntaba quién lo tenía porque lo necesitaba muy aprisa para acudir a la iglesia.

Todas se ponían a buscar el ramo en cuestión.

Se movían como personajes de un filme mudo.

Ella lloraba porque no aparecía el ramo.

Al fin, su tía Suzanne vino con el ramo pero ¡oh tragedia!, el azahar estaba pisoteado, sucio, lleno de barro.

Todas sus amigas querían limpiar el azahar al mismo tiempo.

Al fin, su tía Suzanne tenía la idea salvadora. Limpiaba las flores con un pulverizador y Carroll salía resplandeciente, orgullosa de la casa.

Pero sus amigas se quedaban allí y también su tía.

Caminaba sobre un lecho de nubes.

Al final, veía un hombre.

Ella corría a su encuentro, pero el hombre estaba cada vez más lejos.

—Richard —gritaba.

El movía las piernas para ir a su encuentro, pero siempre estaba

en el mismo sitio.

Sólo ella podía correr.

Pero, por una misteriosa fuerza, la distancia siempre era la misma.

Despertó angustiada.

Ya era de noche.

Richard le estaba acariciando la mejilla.

—Perdona que te haya despertado, pero tenías una pesadilla. Diste un grito.

—¿Qué dije?

—Me llamabas.

—Sí; creo que sí.

—¿Qué soñaste, Carroll?

—Una tontería...

—Dímelo, ¿qué era?

—Estaba escrito que no podría encontrarme contigo.

—¿Y cuál era la razón?

—Primero no encontraba el ramo de azahar, y luego... —se interrumpió.

—¿Y luego?

—Tú estabas muy lejos, y nunca llegaba a tu lado.

—No creo que esté muy lejos, y tampoco lo estuve en la iglesia.

Ella se echó sobre él y apoyó su cabeza en el hombro varonil.

Corrieron cinco millas más y Richard sacó el coche de la carretera, metiéndolo por un camino secundario. Carroll alzó la cara y vio el anuncio. Motel Gardner.

—¿Ya llegamos, Richard?

—Sí...

Richard detuvo el auto ante la oficina.

Luego, salieron.

—No puedes ver este lugar ahora, pero es maravilloso —dijo él, tomando a su joven esposa por la cintura—. Dos millas detrás de estos *bungalows*, hay un río, una enorme cascada y un lago con sauces. Estoy seguro de que te va a gustar...

—Yo también lo estoy... ¿Nos esperan?

—No. Pasé por aquí hace mucho tiempo y me maravilló el lugar... Prometí que, si me casaba, vendría aquí con mi mujercita a pasar un par de días.

Entraron en la oficina.

Tras un mostrador había un hombre de unos cincuenta años, de talla mediana, robusto, cabello rizado, ojos negros y nariz un poco torcida. Se cubría con una camisa a cuadros.

—Buenas noches —dijo Richard—. Soy Richard Cardiff... Quizá se acuerde de mí. Usted se llama Zachary Gardner.

Zachary Gardner arrugó el ceño mientras observaba la cara de Richard.

—Disculpe —dijo—. Pasa mucha gente por aquí. ¿Cuándo estuvo en el hotel?

—Hace cosa de un par de años.

—No. Es demasiado tiempo. Seguro que estuvo solo una noche.

—Sí, una noche.

—No puedo acordarme de todos los clientes.

—Comprendo —dijo Richard, dando por zanjada aquella cuestión—. Le presento a mi esposa Carroll.

—Encantado. ¿Van a pasar la noche?

—Nos quedaremos un par de días.

—Les daré el *bungalow* número 7. Está al otro extremo... Así los dejarán en paz los demás huéspedes.

—Como quiera.

Richard rellenó la hoja del registro y pagó el importe de los dos días. A cambio, recibió la llave.

—Zachary —dijo Richard—. Si mal no recuerdo, hay un restaurante a unas millas de aquí, en una estación de servicio.

—Sí, su memoria es buena. Existe ese restaurante.

—Gracias.

Los recién casados salieron de la oficina y volvieron al auto.

—Eh, Richard, no me gustó ese hombre —dijo Carroll.

—¿Por qué no?

—Es muy adusto.

—Uno no puede encontrar en la vida constantemente a personas amables. También las hay de la otra clase. Pero eso no nos debe de preocupar... Recuérdalo, en el mundo sólo estamos tú y yo.

—Sí, Richard, tienes razón —sonrió la joven.

Fueron al *bungalow* número 7. Richard dejó el auto ante la puerta, mientras decía:

—Iremos al restaurante dentro de un rato. Imagino querrás

cambiarte.

—Desde luego.

Richard abrió la puerta del *bungalow* y Carroll fue a entrar, pero Richard la detuvo.

—Eh, un momento, debemos respetar la tradición.

Dio la luz y tomó a la joven en brazos.

Entró con ella al *living*.

Entonces, Richard besó a Carroll en la boca y ella enroscó sus brazos en el cuello varonil.

La llevó al diván, la tendió allí y la besó de nuevo.

—Eh, Richard... Se me despertó el apetito.

—A mí también.

—Me refería al restaurante, tonto... Déjame que me cambie.

El se apartó y Carroll saltó del diván.

—Eh, Richard, no has traído las maletas.

—En un momento las tienes aquí.

Mientras Richard iba a por las maletas, Carroll echó un vistazo a las otras habitaciones.

El dormitorio era amplio, con camas gemelas. ¡Qué tontería, camas gemelas!

Oyó que Richard volvía con el equipaje.

Entró con las dos valijas, y cuando las dejó en el suelo, la volvió a abrazar y la besó en la boca.

Ella lo empujó suavemente hacia la puerta.

—¿Quieres portarte como un buen chico?

—Eso resulta difícil, con una mujer tan linda como tú.

Ella le guiñó un ojo.

—Eso no es nada, comparado con lo seductora que estaré esta noche...

—No creo que lo estés más que ahora —dijo él y fue a abrazarla, pero ella lo detuvo, poniéndole una mano en el pecho.

—Señor Cardiff, tenga la bondad de salir de esta habitación.

Dijo aquello con aire jovial y él contestó haciendo una gran reverencia:

—Está bien, señora Cardiff, me cuesta mucho trabajo contener mi impulso, pero veré hasta dónde puedo llegar.

Cuando Richard salió, Carroll cerró la puerta y rió feliz.

Abrió las maletas y puso su ropa interior y sus vestidos en los

cajones del armario y en las perchas.

Sólo dejó fuera el vestido que se iba a poner para sustituir al traje de chaqueta que le había servido para la ceremonia.

Era un vestido de noche, con tirantes muy delgados y escote generoso.

Cuando se vio en el espejo con él, se dijo que efectivamente, estaba mucho más seductora que antes.

Terminó de peinarse y consultó su reloj. Había pasado más de media hora desde que despidió a Richard del dormitorio.

Abrió con suavidad la puerta y salió al *living*.

Pero allí no estaba Richard.

Bueno, habría ido a retirar cualquier cosa al auto.

Lo sorprendería.

Se sentó en un sillón que estaba enfrente a la puerta, cruzó las piernas y se puso una mano en la barbilla, pero, tras reflexionar, se dijo que era una actitud demasiado sofisticada. ¿No le había dicho Richard que se enamoró de ella por su espontaneidad?

Descruzó las piernas y eligió otra pose.

Sí, aquélla parecía más natural, y estaba segura de que no había perdido nada de su atractivo.

Oyó pasos en el porche y la puerta se abrió.

Carroll había empezado a sonreír, pero en seguida borró la sonrisa.

El hombre que había entrado en el *bungalow* no era Richard.

No lo había visto antes en su vida.

Era rubio, tan alto como Richard, de ojos verdosos.

El se detuvo y le sonrió.

—Estás encantadora, querida.

—¿Cómo...? —dijo Carroll.

—Ha valido la pena el tiempo que estuviste arreglándote. Ese vestido es una verdadera monería... Te sienta muy bien, palabra.

—Eh, ¿quién es usted?

El rubio continuó sonriendo.

—¿Qué te pasa, Carroll...? ¿Es una broma?

—Soy yo quien no le entiendo a usted... ¿Quién es? ¡Conteste!

—Carroll, qué cosas más absurdas se te ocurren. ¿Quién voy a ser? Tu marido... Richard Cardiff.

CAPÍTULO III

Carroll estaba perpleja.

—Oiga, usted debe ser un loco...

—Cariño, ¿no te parece que estás llevando tu comedia demasiado lejos?

El rubio se dirigió hacia ella sonriendo y alargó los brazos para cogerla.

Carroll saltó del sillón como impulsada por resortes.

—¡No me toque!

—¿Qué te pasa, Carroll?

—¡Quédese ahí!

Carroll se había puesto al otro lado del sillón.

El rubio dio un suspiro.

—Creo que comprendo.

—¿Qué es lo que comprende?

—Al fin y al cabo, no es la primera vez que esto le ocurre a una recién casada.

—¿Qué quiere decir?

—Que estás nerviosa... Todo fue muy aprisa para ti... No has podido resistir la emoción.

Los ojos de Carroll brillaron coléricos.

—¿Sabe lo que le digo? ¡Que ahora mismo va a salir de aquí! ¿Lo entiende bien? ¡Márchese inmediatamente! —señaló la puerta con el brazo extendido.

El rubio se rascó detrás de una oreja.

—Tendrás que darme una razón para que me vaya, Carroll.

—Oiga, quienquiera que sea usted... Mi marido va a venir de un momento a otro, ¿lo entiende? Y si lo ve aquí, estoy segura de que no le va a gustar absolutamente nada... Lo echaría a puntapiés.

—Si es eso sólo lo que te preocupa, me quedaré.

—¿Qué?

—Me quedaré por la sencilla razón de que yo soy tu marido y, por lo tanto, nadie me puede echar a puntapiés.

Carroll estaba exasperada.

—Usted es lo que dije antes... Un chiflado... No está en su sano juicio —se interrumpió de pronto.

Si aquel hombre estaba loco y estaba allí en lugar de Richard, podría deberse a que a éste le había pasado algo.

—¿Qué ha hecho con mi esposo?

—Carroll, por favor...

La joven corrió hacia la puerta, pero el rubio corrió más que ella.

Carroll logró abrir la puerta, pero el rubio se le echó encima y la cerró de golpe.

Quedaron muy juntos, mirándose.

—¡Quítese de en medio! —exclamó Carroll.

—Serénate.

—¿Quién es usted?

—¿Vas a empezar otra vez con lo mismo?

—Usted no es Richard Cardiff, no es mi marido... Es un extraño, no lo he visto antes de ahora.

Aquel hombre rió con simpatía.

—Al parecer, tendré que probar mi identidad a mi propia esposa.

—Ande, inténtelo.

—Está bien, empezaremos por el principio. ¿Cuándo llegaste aquí con tu esposo?

—Hace poco más de media hora.

—¿Quién nos vio juntos?

—A usted, no lo vio nadie.

—Perdón, hice mal mi pregunta... ¿A quién viste cuando llegaste con tu marido?

—Al dueño del hotel... Se llama Zachary Gardner.

—Desde luego, pero tú sabes su nombre, porque te lo dije yo, ¿recuerdas?

—Usted no me dijo nada, porque no estaba conmigo. Usted no es mi esposo y será mejor que me deje salir.

—¿Para qué quieres salir?

—Para buscar a Richard, si no le importa.

—Muy bien, como tú quieras.

El rubio se apartó de la puerta.

Carroll se quedó sorprendida de que la dejase marchar, pero no tenía tiempo para cuestiones psicológicas. Abrió la puerta y salió al porche.

El auto no estaba donde Richard lo había dejado.

¿Y si Richard se había ido, dejándola allí...? Oh, no, eso era imposible.

—¡Richard...! —gritó.

La puerta se abrió a su espalda.

—¿Qué quieres, querida?

—No lo llamaba a usted.

—¿Estás segura? Oí que pronunciabas mi nombre.

—¡Usted no es Richard!

—Si crees que no lo soy, tendré un poco de paciencia.

—¿Dónde está el auto?

—Imagino que te refieres al nuestro.

—Claro que sí... Oh, no, quiero decir al mío y al de mi esposo.

—Cariño, está donde debe estar, en la cochera... Recuerda que lo puse allí cuando llegamos.

—Se equivoca de nuevo. Mi esposo no dejó el auto en la cochera.

—¿No?

—Lo dejó delante del *bungalow*, porque habíamos pensado ir a cenar al restaurante de la estación de servicio —señaló delante del *bungalow*.

—Sí, ya veo que está ahí —dijo el rubio con ironía.

Entonces Carroll se dio cuenta de que estaba señalando un lugar vacío.

—¿Ha dicho que el auto está en la cochera?

—Sí, eso dije —asintió él.

La joven bajó del porche y fue a la cochera. La puerta estaba entreabierta. Abrió de un tirón. Sí, allí estaba el auto, el mismo en el que ella y Richard habían viajado desde Center Port.

—¡Richard! —llamó otra vez.

Pero en el interior de la cochera no había nadie.

Oyó los pasos del rubio a su espalda y al volver la cabeza, lo vio llegar. Tenía una sonrisa en los labios.

—¿Todavía no te has convencido, querida?

La joven sintió que el corazón le golpeaba fuerte contra las costillas. ¿Quién era aquel hombre? ¿Dónde estaba Richard?

De repente, recordó que alguien podría ayudarla. Zachary Gardner, el dueño del hotel.

Dio media vuelta y echó a correr.

El rubio gritó a su espalda.

—Eh, ¿adónde vas, Carroll?

Ella no le contestó y siguió corriendo.

Al llegar a la oficina, se detuvo porque se ahogaba. Miró a su espalda y vio al rubio a lo lejos. Se había detenido.

Claro, no le convenía ir con ella, porque sería desenmascarado.

Entró en la oficina.

El registro estaba solitario.

—¡Señor Gardner! —llamó.

A la izquierda había una escalera que conducía al piso alto.

No le había respondido nadie.

—¡Señor Gardner! —repitió otra vez.

Tuvo miedo de encontrarse a solas en aquel motel. Y a solas quería decir que Richard no estaba a su lado. Pero ¿dónde estaba éste, entonces?

Sobre el mostrador había un timbre.

Lo apretó con fuerza.

El timbrazo le hizo dar un respingo en el silencio.

Oyó pasos. Alguien bajaba por la escalera, pero lo hacía con mucha lentitud. Vio aparecer primero unas botas, luego unas piernas y por fin, vio todo el cuerpo de Gardner.

—¿Qué pasa, señora Cardiff?

—Lo necesito.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Se trata de mi esposo.

—Oh, sí, lo de siempre, ya peleó con él.

—No, no es eso, señor Gardner. Es que no sé dónde está.

Gardnerladeó ligeramente la cabeza y arrugó el ceño.

—Vaya, es usted muy distraída. Lo perdió, ¿eh?

—No haga chistes. Mi situación es un poco difícil, señor

Gardner.

—Ya sé lo que me va a decir. Pelearon, él se enfadó y se llevó el auto, dejándola plantada... Pero no tiene que preocuparse por eso. Todos vuelven. Se lo digo yo. He sido testigo de cosas parecidas.

—Señor Gardner... ¿Por qué no me deja que se lo explique? Es un poco más complicado de lo que usted cree.

En aquel momento se abrió la puerta.

Carroll vio aparecer al rubio y lanzó un grito.

Hubo un silencio y, al fin, Zachary Gardner dijo:

—¿Lo ve usted, señora Cardiff...? Ya volvió. Ahí tiene a su marido.

CAPÍTULO III

La joven miró al rubio, el cual estaba muy serio.

—Carroll, ¿qué te pasa?

—Señor Gardner —dijo la joven—. ¿Qué acaba de decir? Ese hombre no es mi marido... El no es Richard Cardiff... Recuerde, yo vine aquí con otro hombre...

Gardner hizo un gesto de sorpresa.

—Eh, ¿qué lío es éste?

El rabio intervino:

—Perdónela, señor Gardner. Mi mujer está un poco nerviosa. Es lógico, nos casamos esta mañana y luego hicimos un largo viaje.

—Sí, entiendo... Aquí han ocurrido cosas parecidas.

Carroll dio una patada en el suelo.

—¿De qué está hablando...? ¡Dejen ya de decir tonterías!

—Será mejor que vengas conmigo —dijo el rubio.

—¿Yo con usted...? Ni lo piense.

—El señor Gardner debe tener ya nuestra cena preparada.

—Sí, estará lista en seguida —dijo el encargado.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —exclamó Carroll—. Señor Gardner, usted sabe perfectamente que mi marido le preguntó por el restaurante de la estación de servicio. No le encargó que preparase la cena.

—Sí, desde luego, el señor Cardiff preguntó por el restaurante, pero no dijo que fuesen a cenar allí. Fue a mí a quien encargó la cena.

—¡No le encargó absolutamente nada!

Carroll notó que la tomaban por el brazo. Se volvió bruscamente. Era el rubio.

—¡Suélteme!

—Carroll, te estás poniendo muy pesada con esa tontería de que no soy tu marido. El señor Gardner va a creer que has perdido la razón.

El dueño del motel dijo:

—Tenga cuidado, señor Cardiff... A veces, cuando les dan estos ataques, resultan peligrosas. No me gustaría que ella se pusiese a romper el mobiliario.

—Descuide, se portará bien.

—Les llevaré la cena en quince minutos.

—Gracias, Gardner.

Carroll se sintió impulsada hacia la puerta y decidió ir con el rubio, ya que, de momento, no podía hacer otra cosa...

¿Estaba loca? Oh, ¿cómo podía pensar eso?

Miró de reojo al rubio.

No, aquel hombre no tenía ningún parecido con Richard Cardiff. Sólo coincidían en una cosa, en que eran igual de altos.

Pero al rubio no se le formaban los hoyuelos en las mejillas cuando sonreía, ni tenía el color de ojos de Richard, y su voz era menos grave.

Salieron de la oficina y Carroll se detuvo.

—¿Qué quieres ahora, Carroll? —preguntó él.

—Por favor, déjeme ir.

—¿Adónde?

—No sé, a la carretera... Haré auto-stop.

—¿De qué estás hablando, Carroll?

—Quiero alejarme de aquí cuanto antes.

—¿Sin mí...? Pero, Carroll, ¿qué estás diciendo? Nos hemos casado hoy y ya quieres prescindir de tu esposo... Será mejor que vengas conmigo al *bungalow*. Te cuidaré.

—¿Cuidarme?

—Sí, cenaremos y luego te acostarás.

Un frío de terror recorrió el cuerpo de Carroll. Se iba a encerrar en el *bungalow* con aquel desconocido.

—Oh, no, yo no haré eso. No quiero ir con usted.

—¿Quieres que te lleve a la fuerza, Carroll?

—¿Sería capaz...?

—Si no me dejas opción, te llevaré, quieras o no. Ya he sido demasiado condescendiente contigo, de modo que elige tú.

Carroll se mojó los labios con la lengua. Aquello era espantoso, horrible... ¿Y si ellos tuviesen razón? ¿No eran dos contra ella? El rubio decía que era su esposa y Gardner lo había confirmado. Según el dueño del motel, ella había llegado allí con aquel hombre. Los dos solos.

Pero ¿qué estaba pensando? Eso era algo completamente absurdo. Ella conocía bien a Richard Cardiff, el hombre del que se había enamorado.

El rubio abrió la puerta del *bungalow* sin soltarla del brazo.

Los dos entraron.

Si ella no se equivocaba, Richard tenía que estar en alguna parte, pero ¿en dónde?

De pronto, cruzó por su mente una idea que la dejó inmóvil, rígida. ¿Y si habían matado a Richard? Era eso. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—¿Qué ha hecho con él? —preguntó.

El rubio estaba frente a ella encendiendo un cigarrillo. Dejó escapar el humo por los agujeros de la nariz e inquirió, a su vez:

—¿A quién te refieres?

—Usted lo sabe bien, a Richard.

—Ya veo que estás peor de lo que imaginaba.

—Confiese. Lo ha matado... Pero ¿por qué no ha huido después de matarlo? ¿Por qué ha venido aquí a atormentarme? ¿Qué es lo que pretende con su comedia?

—¿Es que no oíste al señor Gardner?

—El está en combinación con usted.

—Cariño, ya te dije que al señor Gardner sólo lo vi una vez con anterioridad, hace mucho tiempo. El propio Gardner lo confirmó al decir que no me recordaba...

—No fue usted quien se lo dijo. Fue Richard.

El rubio inspiró profundamente.

—Oye, Carroll, nos queda mucho camino para ir a Nueva York.

—¿A Nueva York? ¿Piensa ir conmigo a Nueva York?

—A nuestra casa.

Carroll se apretó las sienes con la mano. Aquello era como vivir una pesadilla. Su mal sueño en el coche no había terminado.

¿Y si era eso? ¿Y si estaba durmiendo y todo aquello no era real? Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

Pero no vio a Richard, sino la cara del rubio.

—Oiga, quiero que me conteste unas preguntas —dijo.

—¿Qué preguntas?

—Dígame. ¿Cómo se llama mi tía?

—Suzanne McCay.

—¿Cómo es ella?

—Unos cincuenta años, tiene el cabello blanco, ojos azules y es muy simpática. Suzanne me cayó bien a mí y yo a ella.

Carroll sintió un escalofrío.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—En la calle Lincoln número 4, de Center Port.

—¿Cómo nos conocimos, Richard?

Ya lo llamaba Richard, pero ¿qué más daba?

—Tú estabas muy graciosa en aquel callejón con los pies metidos en el barro. Faltó poco para que cayeses, pero yo te sostuve. Así empezó todo.

—¡No puede ser, Dios mío, no puede ser! —gimió Carroll.

—Cariño, estás muy cansada.

Fue al lado de ella y le pasó la mano por la cintura.

Ella retrocedió gritando:

—¡No me toque!

—Tengo derecho a tocarte y a algo más... ¿No te parece? Soy tu esposo.

—No. Usted no es mi esposo. ¡No lo es! ¿Qué es lo que intenta conseguir de mí?

—Carroll, ¿por qué no te tiendes en el diván y tratas de calmarte? Ya has dado un lamentable espectáculo delante del señor Gardner. ¿Qué va a pensar de ti? Yo te lo diré, que te he traído aquí a la fuerza y que ahora me quieres abandonar porque te has dado cuenta de que no me quieres.

Ella movió la cabeza aturdida, confusa.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Richard acudió a abrir y entró Gardner portando una bandeja con la cena.

—Déjele en la mesa —dijo el rubio.

—Sí, señor —contestó Gardner.

Dejó la bandeja en la mesa.

—Los bistecs están como la señora pidió, sin pasar demasiado

por el fuego.

—¡Yo no le dije nada! —gritó Carroll.

Gardner la miró crispando la boca.

—Oiga, me dijo que le gustaban los bistecs no demasiado hechos y fue lo que hice. Si quiere pelear, hágalo con su esposo; yo no tengo ganas de discutir.

—Señor Gardner —dijo el rubio—, no me gusta el tono que emplea con mi esposa.

—Disculpe, señor Cardiff, pero ella me alteró los nervios con esa historia de que usted no es usted.

—Ya le dije la razón.

—Oh, sí, se casaron hoy y ella está nerviosa... Pero comprenda que yo no tengo por qué soportar cierta® cosas. Usted es su marido.

Carroll estaba asombrada escuchando la conversación entre los dos hombres.

Gardner soltó un gruñido y salió del *bungalow*.

El rabio se frotó las manos y sonrió.

—Parece que tiene buen aspecto esa cena. Ya te dije que aquí servían bien.

—No me dijiste que habías comido aquí, sino en el restaurante de la estación de servicio.

—Sí, aquí lo hice una vez. Celebro que empieces a recordar lo que hablamos a nuestra llegada.

Carroll cerró los puños furiosa.

—No le he concedido nada.

—Será mejor que te sientes y cenes.

—Perdí el apetito.

—No seas tonta y siéntate.

—Le he dicho que no quiero.

—Está bien, pero te dejaré tu ración por si luego, a medianoche, tienes hambre.

Otra vez aquellas palabras hicieron recordar a Carroll que iba a pasar la noche con aquel desconocido.

Sería lo último que hiciese.

El rubio empujó un sillón hacia la mesa y se sentó.

Carroll calculó sus posibilidades de huir, pero ¿adónde iba?

Claro, ¿cómo no lo había pensado antes? A la estación de servicio.

Pero, naturalmente, el rubio no la dejaría marchar en el auto. Si lograba salir de la casa, tendría que correr mucho, pero no le valdría de nada porque el rubio le daría alcance.

¿Y si huía y se escondía? Eso tendría que hacer, esperar a que aquel hombre que se obstinaba en ser Richard Cardiff se alejase. Luego continuaría su camino hacia la carretera.

Al fin y al cabo, era de noche y podría conseguirlo. Si se quedaba allí, con aquel hombre, terminaría por volverse loca de verdad.

Se volvió rápida y corrió hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Carroll?

Ella abrió la puerta y salió del *bungalow*.

—¡Párate, Carroll! —Oyó que se movía el sillón y eso quería decir que el rubio se había puesto en pie.

Giró hacia la izquierda, alejándose de la oficina, porque pensó que si iba hacia allí, Gardner le saldría al encuentro y Gardner y el rubio estaban de acuerdo.

Dobló por el *bungalow* y siguió corriendo hacia los árboles que vio al fondo.

—Carroll, ¿es que estás chiflada? —oyó gritar al rubio desde el porche.

Le había cobrado una breve ventaja y no podía perderla.

Pronto se encontró entre los árboles.

Se dejó caer en el suelo, en la hierba fresca. Ahora mas que nunca sintió que su pulso latía como un tambor.

Oyó la voz del rubio que la llamaba.

Sintió deseos de reír, pero se cubrió la boca con la mano.

Aquel hombre se dirigía hacia la oficina.

¡Había logrado escapar!

Tendría que dar un rodeo para llegar a la carretera, pero valía la pena. Era libre.

Se puso en camino otra vez. Ya había dejado de oír al rubio que se hacía pasar por su esposo.

Recorrió un gran trecho y por fin salió a la carretera.

Recordó que no habían pasado por la estación de servicio y eso quería decir que estaba más allá de la bifurcación.

Había caminado una milla cuando oyó el ruido de un motor a su espalda.

Sintióse llena de pavor y apartóse rápidamente de la carretera pensando qué era el rubio que llegaba con el auto. Claro, ¿cómo no lo había pensado antes? Había sido una estúpida al pretender llegar a la estación de servicio por la carretera.

Unos faros la iluminaron y dejóse caer en el suelo.

El auto avanzó rápido y, de pronto, hizo chirriar los frenos.

Carroll lanzó un grito y echó a correr.

—Eh, señorita, ¿qué le pasa?

Carroll dejó de correr y se detuvo.

Aquella voz no era la del rubio.

Un hombre había salido del auto. Podía ser su salvador.

—Señorita, ¿es que no me oye? ¿Le pasa algo?

Carroll echó a andar hacia él. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, bajo de talla, de mejillas chupadas.

—Buenas noches —dijo ella.

—¿Adónde va?

—A la estación de servicio.

El hombre sonrió.

—Creo que sé su problema... Un muchacho la trajo de paseo. El se propasó y usted huyó.

Carroll se había quedado muda. ¿Por qué no le contestaba a aquel hombre? ¿Por qué no le decía la verdad? Pero su cara no le inspiró confianza. Era mejor que fuese a la estación de servicio y pidiese allí ayuda a la policía. Era la policía quien se ocupaba de un caso como el suyo.

—Sí, señor, fue así como ocurrió —contestó—. ¿Me quiere llevar?

—Sí, no faltaba más. Ande, suba.

—Gracias.

—No tiene por qué darlas.

Carroll dio la vuelta al auto y se metió en el asiento delantero.

El hombre de las mejillas chupadas hizo correr el vehículo. Se echó a reír.

—Estos muchachos de hoy salieron muy adelantados. En mis tiempos, un hombre tenía un poco más de delicadeza.

A Carroll no le gustó aquella clase de conversación.

Se dio cuenta de que el coche avanzaba muy despacio.

—¿No se puede dar más prisa?

—No sé lo que le pasa al motor... Noté algo raro un poco antes de que la descubriese a usted.

Carroll se arrepintió de haber hablado. Quizá había dado una idea a aquel hombre para simular una avería.

—Todavía no le dije mi nombre. Sidney Stevens... ¿Cuál es el suyo?

—Carroll.

—Muy bonito.

Hubo un nuevo silencio.

—¿Qué le hizo ese chico?

—Nada, no me hizo nada.

Sidney Stevens sonrió.

—Un tipo de manos largas, ¿eh? Según parece, los muchachos de ahora no se andan con romanticismos.

—Eso ya lo dijo antes.

—¡Oh! ¿Lo dije?

—Por favor, señor Stevens, tengo prisa en llegar a la estación de servicio.

—¿Por qué? ¿Trabaja allí su hermano?

—No.

—Bueno, estoy pensando que podríamos volver...

—¿Adónde?

—Adonde está ese muchacho. Yo le ajustaré las cuentas.

—Gracias por su interés, señor Stevens, pero prefiero ir a la estación de servicio.

—Como quiera, pero voy a decirle una cosa. Estoy deseando romperle la boca a uno de esos chicos ye-yé.

¿Se llaman así?

—No sé.

En aquel momento, Carroll descubrió la estación de servicio que estaba a la derecha.

—¿Es ahí donde quiere ir? —preguntó Sidney.

—Sí —contestó Carroll.

Y comprendió, por el tono de decepción de Sidney Stevens, que él había pensado que la estación de servicio estaba mucho más lejos.

El hombre de mejillas chupadas no había tenido tiempo de

poner en práctica su truco.

—Deténgase, me quedo aquí.

Sidney frenó el coche.

Carroll abrió la portezuela, pero Sidney la tomó del brazo.

—Espere un momento, Carroll.

—¿Qué quiere?

—¿Por qué no viene conmigo? Voy al pueblo más cercano, a unas treinta millas. Usted y yo lo pasaremos bien. Ya me entiende, cena, baile...

—Váyase al infierno.

—Oiga, soy un hombre discreto, no como esos muchachos de ahora...

—Muérase.

Carroll salió del auto y pegó un empujón a la puerta.

Echó a andar hacia la estación de servicio. A sus espaldas oyó el rugido del coche de Sidney.

Salió disparado y eso demostraba que no se había equivocado, que Sidney Stevens le preparaba una encerrona.

¿Por qué pensaba eso ahora? ¡Al diablo! Ella se había casado aquel día con Richard Cardiff y su marido había desaparecido, pero eso no era lo peor. Su esposo había sido sustituido por un hombre rubio, un hombre al que no conocía.

CAPÍTULO IV

Continuó andando hacia la estación de servicio.

A la derecha vio media docena de camiones.

El poste era atendido por un muchacho joven, rubio, de cabello desordenado, que estaba poniendo gasolina en el tanque de un camión de gran tonelaje.

No, aquel muchacho rubio no debía tener más de veinte años. No le servía. Pero allí estaba el bar y en el bar debía de haber muchos hombres y hasta era posible que hubiese un policía.

Abrió la puerta y pasó al interior.

En las mesas vio muchos camioneros. Eran fácilmente reconocibles. Unos comían, otros bebían, y los más charlaban.

El mostrador estaba servido por un hombre de unos treinta y cinco años, rostro de facciones varoniles.

Pero allí no había ningún policía.

Un par de camioneros se la quedaron mirando y hablaron entre sí.

Carroll se dirigió al mostrador.

—¿Qué va a tomar? —le preguntó el hombre de los treinta y cinco años.

—¿Puedo hablar con usted?

—Ya está hablando.

—¿Cree que soy sorda? Ya sé que estoy hablando con usted. Me refiero a un asunto confidencial.

El se quedó mirándola.

Carroll también lo observó. Tenía cabello castaño y ojos azules que miraban con descaro.

—¿Qué le pasa, guapa?

—Deje de llamarme guapa.

—Está bien, está bien, dígame esa confidencia de una vez.

—Creo que elegí mal.

—No sea tonta. Mi nombre es Martin Whale, pero algunos me llaman el consejero sentimental de los camioneros. ¿Cuál es su problema?

—No tengo ningún problema.

—Vaya, lo celebro.

Carroll dio media vuelta y se alejó hacia el fondo del local.

Un fonógrafo lanzaba al aire las agudas notas de un ritmo de moda.

Un camionero llevaba el compás con la cabeza y los hombros.

—Eh, nena, vamos a bailar tú y yo.

Antes de que Carroll pudiese decir nada, el camionero la tomó por la cintura.

—Eh, suélteme.

—Muchacha, es la hora de la alegría.

Otros conductores rieron con ganas la salida de su amigo. Éste no soltó a Carroll y la obligó a dar unos pasos.

—¡He dicho que me deje!

El hombre de cabello castaño que atendía el mostrador gritó desde allí:

—¡Eh, Barton, deja a la chica!

Barton se interrumpió y miró hacia el mostrador.

—¿Te importa a ti algo, Martin?

—Me importa mucho. Esto es un bar y no un club nocturno. ¿Me hago entender?

—Ya estoy cansando de tus fanfarronadas.

—¿De veras? —dijo Martin, y levantó una parte del mostrador.

Salió al espacio destinado al público y caminó con paso lento hacia Barton mientras se secaba las manos con el delantal.

Barton empujó a la joven, la cual se tambaleó.

—Aléjate, nena, esto es un asunto entre hombres.

Martin se detuvo.

—Eh, Barton, no deseo pelear contigo, pero ya te dije que no quería jaleo en mi local y tú no lo entendiste.

—Eh, miren al niño bonito, ya no tiene ganas de pelea.

—No, Barton, no las tengo. Y por eso será mejor que te vuelvas a sentar en la silla.

—Lo voy a hacer en seguida, en cuanto te haya pasado los nudillos por la cara.

Martin se miró la punta de los pies y en esa posición dijo:

—Barton, sé que me estás buscando las cosquillas. Me las estás buscando desde que te quité a la viuda.

—¿Quién piensa en eso?

—Tú estás pensando constantemente en eso. Pero te voy a decir una cosa... Salí con la viuda porque me gustaba, pero la viuda se marchó del pueblo... No se quedó ni contigo ni conmigo. Le salió un marido por correspondencia en Los Angeles.

—Pero tú me la quitaste.

—Son cosas de la vida.

—Me la quitaste de mala manera, Martin. Le dijiste a ella que yo estaba en el hospital, que mi camión había volcado, que yo tenía cuatro costillas rotas, y fue precisamente la noche en que yo había quedado para salir con ella. Tú ocupaste mi lugar y te la metiste en el bolsillo.

Martin Whale sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, Barton, las cosas pasaron como tú dices, pero no hay por qué tenerlo en cuenta... El mundo está lleno de mujeres... y de viudas...

Las palabras de Martin arrancaron carcajadas entre los clientes del local.

Eso enfureció más a Barton.

Levantó las manos y se lanzó sobre Martin Whale. Éste burló el puño derecho de Barton que rozó su cuello y replicó con un terrible zurdazo al hígado.

Barton retrocedió tambaleante, y entonces Martin le colocó la derecha en el maxilar inferior.

Sonó un terrible chasquido y Barton se desplomó en el suelo, yendo a parar cerca del fonógrafo.

Allí quedó casi inconsciente.

La pelea había durado exactamente diez segundos.

Martin Whale se dirigió a la joven que estaba perpleja:

—¿Ya está satisfecha?

—Eh, ¿por qué me habla así? Yo no provoqué esto.

—¿Está segura?

—Fue una vieja cuenta pendiente entre ustedes.

Martin Whale fue a contestar, pero cerró la boca y se dirigió al mostrador.

Carroll titubeó unos instantes, pero finalmente fue tras él.

—Señor Whale.

Martin se volvió antes de entrar a la otra parte y la miró con las cejas enarcadas.

—¿Sí?

—Le dije antes que tengo un problema.

—Sí, eso ya lo oí. Se lo resolveré en seguida.

Martin entró definitivamente en el mostrador y fue hacia la caja registradora, la cual hizo funcionar con un timbrazo. Metió la mano en uno de los cajones, regresó junto a Carroll y le alargó dos billetes de a dólar.

—Tome el autobús hasta el pueblo. Le costará uno cincuenta.

—No se trata de eso.

—¿No? Creí que algún muchacho la habría dejado plantada.

—Sí, ya lo sé... Por lo visto, todos los hombres piensan lo mismo, que los muchachos de hoy día son muy atrevidos.

—¿Qué es, entonces?

—Soy casada, señor Whale.

—Enhorabuena.

—¿Quiere dejar de burlarse?

—Está bien, es casada. ¿Qué más?

—Me casé hoy muy lejos, en Center Port. Mi marido me trajo a un motel que está cerca de aquí.

—Entiendo, al motel Gardner.

—Sí, el mismo. —La joven se humedeció el labio inferior con la lengua—. Ocurrió algo absurdo. Se trata de mi esposo.

—No me diga.

—Llegué al motel con él, pero desapareció.

—Entiendo... Se trata de algo más que de dos dólares. Quiere volver a ese pueblo, ¿cómo dijo que se llamaba?... Oh, sí, Center Port... Está bien, le daré el importe del billete, ya me lo mandará, pero a la próxima vez que se case, elija mejor el hombre.

Martin Whale había dejado sin habla a Carroll y ya emprendía el camino de la caja.

—¡Párese ahí!

Martin se detuvo.

—Oh, sí, me olvidé preguntarle cuánto dinero necesita.

—Oiga, no acertó.

—¿No?

—No es lo que usted cree.

—Pero usted dijo que su marido desapareció.

—Pero lo sustituyó otro hombre.

—¿Qué?

—Otro hombre ocupó su lugar. ¿Es que no lo entiende?

Whale regresó de nuevo al lado de Carroll e hizo chascar la lengua.

—¿Cuál es su nombre?

—Carroll Huston.

—¿Es el nombre de soltera o de casada?

—No, mi marido se llama Richard Cardiff.

—Bueno, si se quedó sin marido, será mejor que la llame Carroll a secas, o señorita Huston.

—Puede llamarme como usted quiera.

—Veamos si lo comprendo... Su marido se largó y un tipo caritativo ocupó su lugar.

—¡Es usted un bruto!

—Perdone, pero no es culpa mía... Ya sabe, trato con muchos camioneros.

—Le decía que mi esposo desapareció y que otro hombre ocupó su lugar. Ellos no se parecen en nada, son distintos, completamente distintos.

—Eso es un poco extraño...

—Mi segundo marido, quiero decir el hombre que sustituye a Richard, asegura que él es Richard, pero ahora viene lo más extraño de todo.

—Resulta que el rubio es su tío.

—Pero ¿qué tonterías se le ocurren?

—Bueno, usted puso la adivinanza muy difícil.

—Se trata de Gardner, el dueño del motel.

—¿Qué pasa con él?

—Gardner asegura que el hombre con el que llegué al motel es el rubio.

Martin se pasó una mano por la cara.

—Oiga, señorita, no lo tome a mal, pero me está produciendo

una jaqueca.

—Está bien, si no quiere ayudarme, buscaré a un policía.

—Me parece lo mejor. En un par de horas vendrá por aquí un motorista.

—No puedo esperar tanto tiempo. El asesino puede huir.

—¿Asesino?

—Bueno, he pensado que el rubio quizá mató a mi esposo.

—¿Por qué lo iba a matar?

—No lo sé.

—Quizá el rubio está tan enamorado de usted que mató a su marido para ocupar su lugar en la noche de bodas.

Carroll soltó un gemido.

—¿Por qué sólo piensa en cosas como ésas, señor Whale?

—Infiernos, ¿qué quiere que piense?

Martin se interrumpió y entornó los ojos mirando fijamente a Carroll.

—Ya sé...

—¿Qué es lo que sabe?

—Nada. No tiene importancia.

—Ahora soy yo quien le adivina a usted el pensamiento... Está pensando que estoy loca... Sí, eso es, confíeselo.

—No se preocupe... Le prepararé un sándwich y una cerveza y también tomará un café... Lo que tiene es hambre. Con el estómago vacío se ven cosas raras.

—Claro, y, mientras tanto, usted telefoneará a los loqueros.

—¿Dije eso?

—No, no lo dijo. Pero es como si lo hubiese anunciado por la radio.

—¿Por qué no se serena?

—Es lo que estuvo diciendo él, quiero decir el farsante que ocupa el lugar de mi marido.

—Está bien, compórtese como una buena chica... Siéntese a la mesa y esperemos a que llegue el policía.

—¿Por qué no viene usted?

—¿Eh?

—Puede acompañarme al motel Gardner.

—No, gracias.

—Tiene miedo, ¿eh?

—No, señorita, no se trata de eso... Es que no me gustan los líos.

—Ya entiendo, no es capaz de prestar su ayuda a una persona que la necesita... Hoy en el mundo no hay afecto ni cordialidad.

—No se ponga dramática. En el mundo faltan muchas cosas, pero usted y yo no lo podemos arreglar.

El muchacho rubio que Carroll había visto atender el poste de gasolina entró en aquel momento.

—Señor Whale, ya llegó Jimmy. ¿Me puedo ir?

Martin se quedó de muestra.

—Señor Whale —repitió el rubio—. Le he hecho una pregunta.

—Tony, hazme un favor.

—¿De qué se trata?

—Quédate un rato aquí. Vendré en seguida. He de acompañar a la señorita.

Tony miró a Carroll y sonrió.

—Usted no se pierde nada.

—Cierra el pico, Tony —dijo Martin, quitándose el delantal, que arrojó a su empleado—. Espere que me ponga la chaqueta, Carroll.

Entró en una habitación que había más allá del mostrador y poco después salió con la chaqueta puesta.

—Cuando quiera —dijo.

Tony ya había ocupado el lugar de Martin y dijo cuando ellos salían:

—Eh, señor Whale... Cuidado, hace mucho fresco.

Ya fuera, Martin dijo a Carroll:

—No le haga caso. Es muy bromista. Venga, tengo el auto ahí.

Cuando se encontraron en el interior del vehículo y éste emprendió la marcha, Carroll dio un suspiro.

—No sabe cuánto le agradezco que venga conmigo, señor Whale.

—Le diré por qué voy.

—¿Por qué?

—Ha ganado mi curiosidad. Todo eso que cuenta es demasiado enredado. Se casó hoy, emprende su viaje de luna de miel, y, de pronto, su marido desaparece y lo sustituye otro hombre. —Martin sacudió la cabeza—. Demasiado complicado para mí.

—También lo es para mí, señor Whale, se lo aseguro.

Pronto llegaron al motel. La luz de la oficina estaba encendida.

Martin detuvo el coche.

—Quiero hablar primero con Gardner.

—Está bien —dijo ella, con una sonrisa desafiante.

Cuando saltaron del coche, Gardner salía de la oficina.

—Eh, señora Cardiff, menudo susto le dio a su esposo.

Carroll lo obsequió con una sonrisa de dientes apretados.

—Mi esposo, ¿eh?

—Sí, él y yo la estuvimos buscando por los alrededores.

—¿Y dónde está ahora?

—Le dije que fuese a su *bungalow*, que ya volvería, que quizá le había dado a usted un ataque de nervios.

—Oh, sí, un ataque de nervios... Usted debería ser doctor, señor Gardner.

Martin Whale intervino:

—Monte en el auto.

—Con mucho gusto —dijo Carroll.

Entraron otra vez en el coche y Whale preguntó:

—¿Cuál es el *bungalow*, Gardner?

—El número 7.

Cuando el vehículo estaba en movimiento, Carroll murmuró:

—Ya le advertí que Gardner estaba de acuerdo con el farsante.

—Sí, fue lo que dijo.

Llegaron ante el *bungalow* número 7 y los dos bajaron del auto.

De pronto, la puerta del *bungalow* se abrió.

Carroll no dio un paso más. En el porche acababa de aparecer el hombre con el que se había casado en Center Fort, Richard Cardiff.

—Carroll, ¿adónde fuiste?

CAPÍTULO V

Carroll seguía pareciendo una estatua.

Richard llegó ante ella y la tomó por los brazos.

—Querida, me has dado un gran susto.

La besó en los labios.

—Estás fría.

Carroll se dijo que fría era poco. Estaba como un témpano de hielo.

—Richard, ¿qué te pasó?

—¿A mí? Nada, ¿qué me va a pasar?

—Desapareciste.

—No te entiendo.

—Cuando me cambié... Salí al *living* y tú no estabas. De pronto, entró otro hombre.

—Oh, sí, ahora recuerdo que salí para dejar el auto en la cochera, pero luego entré.

—¿Tú entraste?

—Claro. Tú estabas en el sillón sentada y te pusiste a decir cosas raras.

—¿Qué cosas raras?

—Que yo no era Richard Cardiff... ¿Qué es lo que te pasa, Carroll?

—Espera un momento, Richard. Claro que no eras tú aquel hombre... Era otro, un joven rubio... No lo había visto en mi vida. Insistió una y otra vez en que él era mi esposo.

Richard pareció darse cuenta entonces de que había una persona extraña allí.

Miró al hombre que había acompañado a su esposa, el cual estaba junto al coche.

—¿Quién es, Carroll?

—Martin Whale... El dueño de la estación de servicio...

—¿A qué fuiste allí, Carroll?

—A pedir su ayuda.

—Su ayuda, ¿para qué?

—Creí que te habían matado.

—Qué tontería.

—No me fié del hombre rubio que ocupó tu lugar.

—Carroll, no ha habido ningún hombre rubio. En este *bungalow* sólo hemos estado tú y yo... Te empeñaste en decir que yo no era Richard Cardiff. ¿Por qué no vuelves en ti?

Ella se apartó un paso de Richard.

Miró a su marido con los ojos agrandados.

—Richard, no comprendo nada.

—Será mejor que descanses.

—Pero yo tengo que saber...

—¿Qué es lo que tienes que saber?

—¿Qué es lo que significa todo esto...?

—Sólo estás un poco cansada, pero yo te cuidaré.

—Entonces, todo lo que pasó... Dios mío...

Carroll echó a correr y se metió en el *bungalow* cerrando la puerta.

Richard miró de nuevo al hombre que estaba allí y que no había abierto la boca.

—Perdone la molestia que le haya ocasionado mi mujer.

—Llegó a mi bar muy alterada.

—Lo está. Nos casamos hoy.

—Sí, ya me lo dijo.

—Me di cuenta hace tiempo de que era una muchacha muy nerviosa, pero no esperaba esto... Es algo completamente absurdo.

—Sí, desde luego... Una mujer que confunde a su marido poco después de haberse casado con él... Usted tiene el pelo castaño y ella vio a uno con cabello rubio. Naturalmente, la cara del rubio tenía que ser distinta a la de usted... Se encuentra con un verdadero problema.

Richard sacudió la cabeza.

—Usted lo ha dicho. Es un problema.

—Sería conveniente que la viese un doctor.

—Ya he pensado en ello, señor Whale...

—Puedo proporcionarle la dirección de uno que vive en el pueblo, es bastante bueno.

—Disculpe, señor Whale, pero prefiero que la vean en Nueva York. Es donde Carroll y yo vamos a vivir. Tengo pocos días de vacaciones y sólo íbamos a pasar aquí dos de ellos... Ahora quizá cambie mis planes. Si ella no mejora, nos marcharemos antes.

—Entiendo.

Vieron acercarse a Zachary Gardner, el dueño del motel.

—Eh, señor Cardiff, ¿cómo está su esposa?

—Bien, señor Gardner.

—Ha salido como yo dije... Le advertí que esas cosas traen complicaciones.

Martin Whale estaba observando atentamente al dueño del motel.

No lo había tratado mucho porque él, Martin, sólo se ocupaba de su negocio desde que lo tomó en traspaso seis meses antes.

—Señor Gardner, ¿tiene como huésped un hombre rubio de unos treinta años?

—No.

—Ha contestado muy aprisa.

—¿Cómo quiere que conteste? Yo regento mi negocio y usted dirige el suyo... En este momento sólo hay tres *bungalows* ocupados. El número 7 por los esposos Cardiff, el número 3 por un hombre de unos cincuenta años, un poco jorobado, y el número 1 por un matrimonio que está ya por la cincuentena. Los demás *bungalows* están vacíos. Tengo las llaves en el registro.

Richard Cardiff intervino:

—Señor Whale, ¿acaso cree a ella?

—No, desde luego. Sólo quería asegurarme de que usted y la señora Cardiff no son víctimas de una broma.

Gardner exclamó:

—Yo no gasto bromas a mis clientes. Soy honrado como el que más.

Richard Cardiff habló de nuevo:

—Oiga, señor Whale, soy realmente la víctima de todo esto. Cuando Carroll empezó a decir que yo no era su marido, le seguí un poco la corriente, pero al ver que ella insistía y que huía de mí, me

di cuenta de que no la debía tornar en serio. Es terrible... Y esto ha ocurrido justamente en nuestra primera noche de casados.

—Señor Cardiff... —dijo Gardner—, lo quiera usted o no, su mujer está mal de la cabeza.

—¡No diga eso! ¡No lo diga! —gritó Richard.

—Disculpe, no lo dije por herirle... Quiero decir que podría llevarla a una de esas clínicas. Tengo que volver a mi negocio —dijo Martin Whale.

—Le repito de nuevo mi agradecimiento, señor Whale.

—Lo hice con gusto, señor Cardiff.

Martin Whale entró en el auto, lo puso en marcha y lo dirigió hacia la carretera.

El encargado y Richard Cardiff estaban allí quietos, viendo cómo el vehículo se alejaba.

Gardner empezó a dar media vuelta.

—Yo también volveré a la oficina. Espero que no tenga más dificultades con su mujer durante el resto de la noche.

—Espere un momento, Gardner.

—Dígame.

—¿Qué sabe de ese Martin Whale?

—Llegó aquí hace unos meses. Parece trabajador... Pero tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Es mujeriego... Le gustan unas y otras. Seguro que vio llegar a su mujercita sola a su negocio y se hizo ilusiones con ella.

Richard miró con odio al dueño del motel.

—Tiene usted por mente un basurero.

—No se enfade, señor Cardiff —sonrió Gardner—. Me gusta decir las cosas claras con respecto a las mujeres.

—Sí, ya veo que las dice.

—Y si yo estuviese en su lugar, cuidaría a mi esposa. Con eso de que confunde a las personas, podría creer en un momento determinado que Martin Whale es usted.

—Su chiste no tiene ninguna gracia.

—No lo dije como chiste —contestó Zachary, y se dirigió hacia la oficina.

Richard encendió un cigarrillo en el porche, arrojó una bocanada de humo y entró en el *bungalow*.

Carroll estaba sentada en el diván, encogida.

Richard fue hacia ella y se detuvo a unos pasos.

—¿Crees que te has comportado bien, Carroll? ¿Qué habrá pensado ese hombre? Me refiero a Martin Whale.

Ella lo miró con ojos parpadeantes.

—Richard, ¿por qué me haces esto?

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Yo vi al hombre rubio, estuvo aquí hablando conmigo. Estoy segura de que lo vi.

—Carroll, tienes que olvidar todo eso... ¿Lo entiendes? ¡Tienes que olvidarlo! Depende únicamente de tu voluntad. Pero yo pienso ayudarte. Mírame bien, ¿quién soy yo?

—Richard.

—Richard, ¿qué más?

—Richard Cardiff. Tú eres mi esposo, sé que lo eres...

—No soy un hombre rubio, ¿verdad? Y tampoco soy un extraño.

Ella movió la cabeza y se apretó las sienes con la mano.

—Huí de él. Y fui a la oficina... Quería informar al señor Gardner de tu desaparición. Y el rubio entró allí.

—No, Carroll, no fue el rubio quien entró en la oficina, sino yo.

—¡No, Richard! ¡No! —repuso Carroll, sollozando.

Richard se puso de rodillas ante ella y apoyó las manos en las piernas de su mujer. La apretó suavemente.

—Carroll, te acabo de decir que pienso ayudarte. Si tú quieres, nos iremos en seguida de aquí, mañana mismo. Estoy seguro de que cuando lleguemos a Nueva York, se te habrá pasado. Pero si no fuese así, allí te verá un doctor.

—¡No quiero que me vea ningún doctor!

—Entonces, tienes que olvidar al rubio... No entró ningún hombre extraño aquí... Ningún hombre ocupó mi lugar.

Carroll lo miró a la cara.

¿Por qué la iba a engañar Richard? El era su esposo. ¿Y si ellos tenían razón? ¿Y si todo era obra de su mente? Entonces, estaba enferma... ¿Es que había perdido la razón?

Miró la mesa y vio allí la bandeja de la cena.

—Richard, dijiste al llegar que comeríamos en el restaurante de la estación de servicio.

—Sí, es cierto.

—¿Lo ves? —Ella sonrió con un brillo de victoria en los ojos—. El rubio decidió que él y yo comiésemos aquí. Ordenó al señor Gardner que trajese esta comida.

—No, Carroll, no ocurrieron así las cosas. Fui yo quien cambió de idea.

—¡No, Richard!

—Lo consulté contigo. Te dije que me había cansado durante el viaje, que era mejor que llevase el auto a la cochera y que le diría a Gardner que nos trajese la cena.

—No recuerdo nada de eso.

—Sí, ya veo que no lo recuerdas.

—¿Qué me pasa? Yo no estoy loca... ¡No lo estoy!

—No, Carroll, no estás loca, sólo un poco turbada. La boda ha sido un impacto demasiado fuerte para ti.

—Soy una persona normal.

—Carroll, no tienes que avergonzarte... A otras mujeres les ha sucedido antes que a ti. Y les seguirá pasando a otras muchas. Un amigo mío se casó en Nueva York, y en la noche de bodas su mujer se puso a dar gritos, y le dijo que si la tocaba se arrojaría por la ventana a la calle. Tuvo que esperar dos noches antes de que ella perdiese esa animosidad contra el hombre que se había convertido en su marido...

—¡Yo no soy como esa mujer, Richard! ¡No siento animosidad contra ti!

—¿No, Carroll? ¿Estás segura? Entonces, ¿por qué crees ver en mí a otro hombre?

—Yo no creo ver en ti a otro hombre. Por ejemplo, ahora sé que eres Richard Cardiff, mi marido...

—Lo era también antes... Y sin embargo, te obstinabas en tratarme como a un extraño.

Carroll se quedó en suspenso. ¿Sería posible que él tuviese razón?

—Carroll, necesitas descansar.

—Si, creo que sí.

—Anda, acuéstate.

Ella se levantó y se apretó las manos.

—No podré dormir.

—Eso se podrá arreglar... ¿Tienes algún somnífero?

—No.

—Yo tampoco, pero se lo pediré al señor Gardner.

—¡No, Richard! ¡No vayas!

—¿Por qué no? Ahora ya estás tranquila.

—No quiero quedarme sola.

—Como tú quieras.

Carroll se dirigió hacia el dormitorio, pero se detuvo un momento.

—¿No vienes tú, Richard?

—Yo oiré un poco la radio —señaló el aparato que había junto a la pared—. Pero si me necesitas, me llamas.

—Sí, Richard.

La joven entró en el dormitorio.

Dudó entre cerrar la puerta y dejarla abierta, pero finalmente la cerró.

Ya había elegido el camisón que se iba a poner aquella noche. Lo había dejado a mano, en el cajón.

Se puso el camisón y el salto de cama y se sentó ante el espejo. Empezó a cepillarse el cabello.

A través de la puerta oía la música de la radio.

No tenía que pensar más en lo ocurrido. Eran tres contra uno. Pero ¿por qué incluía a Martin Whale? Claro, si Martin Whale se marchó dejándola allí, era porque había creído a Richard y al señor Gardner...

Otra vez le daba vueltas a lo mismo.

Tendría que sobreponerse o acabaría de verdad loca.

Pero ¿no lo estaría ya?

La puerta se abrió desde fuera, y una voz dijo:

—Nena, aquí tienes los somníferos.

Carroll lanzó un grito al ver al hombre que se reflejaba en el espejo.

No era Richard, su marido. Era otra vez el rubio.

CAPÍTULO VI

—¿Cómo se atreve a entrar aquí? —gritó Carroll—. ¿Dónde está Richard?

—¿Qué te pasa, querida?

—¿Dónde está Richard?

—¿Es que vas a empezar de nuevo con eso?

La joven se levantó de un salto y quiso correr hacia el *living*, pero el rubio la tomó del brazo.

—Espera un momento, Carroll.

—¡Suéltame!

Ella forcejeó, pero él la sujetaba férreamente.

—¿Qué te pasa, Carroll? Tienes que tranquilizarte. ¿O es que quieres acabar con mi paciencia?

Ella dejó de ofrecer resistencia porque no le valía de nada.

Miró al rubio con la respiración jadeante.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Ya lo preguntaste antes, Carroll. Tienes que portarte bien.

—Mi cabeza me da vueltas.

—Te he traído los somníferos.

—Te dije que no los trajeses.

Otra vez le hablaba como si fuese realmente Richard.

—Oh, no, querida, quedamos en que yo pondría la radio y me llegaría a la oficina de Gardner para preguntarle si tenía un somnífero. Hubo suerte. Lo tenía. Ahora tomarás un par de comprimidos. Es lo que te hace falta para dormir.

Carroll miró el pequeño frasco que el desconocido tenía en las manos.

—No tomaré ninguno de esos comprimidos.

—¿Es que crees que te voy a envenenar?

—Yo ya no sé nada.

—Sería mejor que tomases dos comprimidos... Te sentirás mucho mejor. Tu cuerpo se relajará. Podrás dormir tranquilamente.

—No necesito dormir tranquila.

—¿Tú crees? Eres un manojo de nervios. Tu cuerpo está helado.

—¡Déjeme!

—Como tú quieras.

La dejó libre y Carroll se frotó el brazo en donde él había dejado las marcas de sus dedos.

Miró la puerta que comunicaba con el *living*.

Estaba abierta y la radio seguía en marcha.

Estaba emitiendo música hawaiana.

—¡Richard! —gritó Carroll.

No le contestó nadie y exclamó hacia la puerta abierta.

—¡No puedes abandonarme, Richard! Por lo que más quieras, acaba con este tormento... El hombre rubio ha vuelto... Está aquí... ¡Contéstame, Richard! Por lo que más quieras... Respóndeme...

Sólo se oyó la dulzona música hawaiana.

Miró al rubio.

Estaba inmóvil, cerca de ella, la barbilla levantada, muy serio.

—Querida —dijo él, después de chascar la lengua—. Creo que estás mucho peor de lo que yo imaginaba.

—¿De veras cree que estoy peor?

—Sí, nena.

—¿Y qué es lo que me recomienda? ¿Un manicomio? Ande, dígalo. No se preocupe.

—Te dije que cuando lleguemos a Nueva York te verá un doctor. Carroll se quedó sorprendida.

Sí, esto era lo que le había dicho Richard un rato antes, en el *living*.

Se apretó las sienes con la mano.

¿Por qué tenía que ser ella la que tuviese razón, la que no se equivocase? ¿Y si eran ellos los que estaban en la posesión de la verdad?

¿No había oído muchas veces que la mente humana era muy frágil y se podía romper en el momento más inesperado?

¿No ocurría eso todos los días con centenares de personas?

Quizá allí arriba, en su cerebro, una pieza había saltado de su

lugar, y por ello se había creado un mundo fantástico, un mundo en el que su marido cambiaba de cara constantemente.

Miró el rostro del hombre que estaba frente a ella. Sí, era muy distinto a Richard Cardiff, pero quizá era diferente porque ella lo vea así.

Cuando llegó con Martin Whale, el hombre que salió del *bungalow* no fue el rubio, sino su marido. Quizá al cabo de un rato volvería a ver a Richard, y lo volvería a ver en la persona de aquel rubio. Sí, quizá ocurriese eso.

—Me acostaré —dijo cuando llegó al final de su deducción.

—Es lo mejor que puedes hacer —asintió él.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Ya te dije que me quedaría ahí fuera oyendo la radio.

Otra vez sintió Carroll un escalofrío.

También era aquello lo que le había dicho Richard.

Y eso demostraba que ella era la equivocada, sin lugar a dudas.

El rubio era Richard y no podía ser de otra forma.

—Te dejaré los somníferos en la mesita de noche.

—He dicho que no los voy a tomar.

—Bueno, te los dejaré de todas formas, por si cambias de opinión.

El rubio dejó el frasco con los somníferos en la mesilla de noche y cruzó rápidamente la habitación saliendo de la estancia.

Había quedado la puerta entreabierta y ella corrió y la cerró.

Se detuvo ante la mesilla de noche mirando el frasco y lo tomó.

La medicina se llamaba «Somnitrón».

Era un compuesto de barbitúricos. Allí lo decía.

Dejó otra vez el frasco en la mesilla de noche y se acostó.

Seguía convertida en un témpano de hielo. Sin embargo, la temperatura no debía de bajar de los 15 grados.

Sí, era ella la que estaba mal.

Se cubrió con el embozo hasta el cuello.

De repente, la puerta se abrió.

Oyó pasos que fueron al cuarto de baño. Corrió el grifo del agua y luego sonaron otra vez los pasos.

Cerró los ojos mientras decía para sí: «Que cuando abra los ojos sea Richard».

—Querida, te traje un vaso de agua.

No, no era la voz de Richard, sino la del rubio.

Abrió los ojos y lo vio que venía hacia ella y dejaba el vaso de agua en la mesilla de noche.

—Gracias, Richard —dijo sin darse cuenta.

Y entonces se mordió el labio inferior.

El le sonrió.

—Ya veo que estás un poco mejor.

—Sí, creo que sí.

—Si me necesitas, ya sabes que estoy en el *living*.

—Sí, Richard —repitió ella.

El rubio se inclinó sobre ella y se sentó en el borde de la cama.

Carroll se estremeció de cabeza a los pies.

Aqué! era un hombre extraño para ella, y quizá él se disponía a hacerle el amor.

—Querida, ¿te he dicho que eres muy hermosa?

Carroll se dijo que podría sonsacarlo.

Pero debía de cambiar de actitud.

Tenía que empezar por admitir que él era Richard.

Quizá aquél fuese un juego de astucia, y ella, hasta ahora, se había comportado con demasiada torpeza.

—Richard, no me he puesto el camisón que me regalaste.

—Sí, ya lo he visto.

—Pensé que, en realidad, hoy no es nuestra primera noche de casados.

—No te preocupes, el camisón de encaje color malva puede esperar.

Carroll sintió un estremecimiento porque el camisón malva era precisamente el que Richard le había regalado.

—Richard, estaba pensando en tus jefes.

—¿Por qué en mis jefes?

—Quiero decir en la impresión que les voy a producir.

—Será maravillosa.

—¿Tú crees?

—Ya hablamos de eso en mi anterior viaje hace quince días. ¿Es que no te acuerdas? Tu tía dijo que tenías que apartar esas ideas de la cabeza, y tuvo razón. Te recordé entonces que te casabas conmigo y no con mis jefes, y tía Suzanne estuvo de acuerdo conmigo.

Carroll sacudió la cabeza lentamente en sentido afirmativo.

Sí, recordaba aquella conversación entre su tía Suzanne, Richard y ella. Las cosas habían transcurrido tal como lo decía el rubio, pero ¿era el rubio o era Richard?

—¿Te encuentras mejor, Carroll?

—Sí.

El se inclinó sobre ella.

Carroll pensó que ahora la iba a besar.

Y no se equivocó.

Cerró los ojos al ver que la boca de él se acercaba a la suya.

Sus labios se juntaron.

El rubio, al fin, se retiró.

No, ahora estaba segura de que no podía equivocarse.

Aquel hombre no besaba como Richard.

Una mujer se podía equivocar en muchas cosas, pero no podía errar en un beso.

—Hasta luego, querida.

El se retiró, y poco después, Carroll oyó que se cerraba la puerta.

Ya estaba otra vez sola. Pero su nerviosismo había aumentado.

¿Y si tomase dos de aquellos comprimidos?

Vio el vaso de agua, el frasco...

Ah, no, ella no quería dormir.

¿Cómo iba a dormir con un extraño allí?

¿No le había besado ya?

Y eso sólo sería el comienzo.

Luego vendrían las caricias...

No, no estaba dispuesta a soportar a aquel hombre.

El beso le había servido de prueba.

Tenía que huir de allí.

Pero ¿dónde iba?

Pensó en Martin Whale. ¿Cómo la recibiría?

Estaba claro, Martin Whale llamaría por teléfono al motel para pedir comunicación con Richard Cardiff.

Le diría a Richard, o al hombre que él creía que era Richard, que su mujer estaba otra vez allí y que fuese a por ella.

No, no podía acudir a Martin Whale.

Después de su primer viaje, él se negaría a prestarle su ayuda.

Pero Martin le había dicho que al bar iba un agente motorista.

Sí, aquel policía tendría que escucharla.

Estaba decidida.

Se marcharía de allí.

Pero aquel rubio no tenía que darse cuenta de que ella se iba.

Saltó de la cama y empezó a vestirse.

De vez en cuando, miraba con temor la puerta, esperando que ésta se abriese, dando paso al rubio.

Pero acabó de vestirse sin que hubiese aparecido aquel hombre.

Caminó despacio por la habitación para no hacer ningún ruido y trató de abrir la ventana de guillotina. Pero ésta no cedía. Empleó toda su fuerza para nada. Aquella ventana no se abría por alguna razón. Entonces se dirigió al cuarto de baño, pero desistió en seguida, al ver que la ventana era demasiado pequeña.

Regresó al dormitorio y caminó hacia la puerta.

Puso la mano en el tirador y empezó a hacerlo girar lentamente.

Una música típicamente francesa sustituía a las piezas hawaianas.

No vio al rabio en el sillón.

Pero descubrió unas piernas en el diván.

Estaba allí tendido.

Deseó con todas sus fuerzas que se hubiese dormido.

Entonces podría salir del *bungalow* sin que él se diese cuenta.

Era la única forma de hacerlo.

Terminó de abrir la puerta y salió al *living*.

Los pies que veía en el brazo del diván seguían inmóviles.

Oyó una respiración acompasada.

Efectivamente, él dormía. Estaba de suerte.

Cerró a sus espaldas y la puerta produjo un pequeño chasquido.

Su cuerpo se estremeció.

Esperó unos segundos, mirando las piernas que estaban en el diván. Pero continuaron tan inmóviles como antes.

Entonces, empezó a cruzar la estancia.

Al llegar junto al diván, creyó que recibía una descarga eléctrica.

El hombre que estaba tendido en el diván no era el rubio, sino Richard.

Oh, no, ¿cómo le podía ocurrir aquello a ella...?

Era absurdo, completamente absurdo.

Se había quedado paralizada.

Otra vez en su mente reinó la más extraña confusión.

Había salido del dormitorio para ir a la estación de servicio.

Y ahora no debía cambiar de idea porque hubiese visto allí a Richard.

Dentro de un rato, Richard se transformaría en el rubio.

Pero si fuese así, ¿no sería conceder que su razón estaba perturbada...?

Sea lo que fuere, no podía quedarse allí. No, de ninguna manera.

Necesitaba aire puro para respirar.

Sí, lo precisaba más que en ningún otro momento de su vida.

Incluso la soledad le haría bien.

Siguió andando hacia la puerta.

De repente, oyó la voz de Richard a su espalda.

CAPÍTULO VII

Carroll se volvió.

Richard seguía tendido, pero tenía los ojos abiertos.

—De pronto, sentí ganas de pasear, Richard —contestó ella, volviéndose.

—No, cariño, no debes salir...

—Lo necesito...

—Yo sé lo que tú necesitas.

—¿Qué cosa, Richard?

—Dormir.

—No tengo sueño.

—Para eso tienes los somníferos. Seguro que no los tomaste.

—No, Richard...

—Me gustaría saber qué es lo que piensas de mí...

Me miras de una forma extraña.

—No te entiendo...

—Sí, me miras como si yo fuese un enemigo tuyo, como a alguien que piensa hacerte daño.

—No, Richard, ¿cómo voy a pensar eso de ti, si eres mi marido, cuando acabamos de casarnos...? Se me ocurre una idea. Acompáñame en el paseo.

—No tengo ganas.

Richard puso los pies en el suelo y Carroll pensó que quizá él estaba esperando que echase a correr.

Pero estaba segura de que ahora Richard no la dejaría escapar.

—Está bien, volveré a la cama.

—Eso está mejor.

Carroll se dirigió al dormitorio, pero ahora Richard fue tras ella.

Carroll no intentó cerrar la puerta porque él estaba a su espalda.

Los dos entraron en la habitación.

Carroll se sentó en el borde de la cama que había utilizado.

—Richard —dijo.

Él se había quedado en el centro de la estancia y estaba encendiendo un cigarrillo.

—¿Sí, querida...?

—¿Quién es tu amigo?

—¿De quién hablas? No conozco a nadie aquí. Ya te dije que al señor Gardner lo vi una sola vez y él no se acordaba de mí.

Carroll tragó saliva.

—Me refería al rubio.

—Oh, sí, ya entiendo... El hombre en el que yo me transformo de vez en cuando.

—¿Qué es lo que intentáis él y tú, Richard...?

—Cariño, pensé que podríamos quedarnos aquí, que cambiarías... Pero ya veo que eso es imposible, no puedo esperar una mejoría rápida... Tendré que llevarte al doctor.

—No, Richard.

—Me refería al doctor de Nueva York. Tendremos que viajar tres días en automóvil, antes de llegar a Nueva York... Quizá con un poco de suerte abandones esa manía tuya de que de pronto soy ese hombre rubio.

—Sí, Richard, seguro que mejoraré.

—¿Te das cuenta de que eso va a depender de ti...?

Sí.

—Entonces, ¿serás una chica obediente...?

—Claro que lo seré.

—Muy bien, vamos a probar...

—¿Qué quieres decir?

—Te vas a tomar dos comprimidos del somnífero.

—No, Richard, no quiero tomar eso...

Richard torció la boca en una sonrisa.

—¿Lo ves...? Esto no tiene solución. Será el doctor quien diga la última palabra... Nos iremos ahora mismo...

Carroll tuvo miedo... Sí, tuvo miedo de viajar en la oscuridad de la noche, los dos solos en el automóvil.

Ahora, aquel hombre del que se había creído enamorada, le producía un gran temor.

—Espera, Richard, tomaré los comprimidos... Creo que tienes razón, me hace falta dormir. Mañana veré las cosas de otra forma.

—Seguro, nena...

Carroll alargó la mano hacia la mesilla de noche.

Tomó el frasco y lo abrió.

Dejó caer en la palma de la mano dos comprimidos.

Vio que Richard la estaba observando.

Cerró el frasco, que dejó otra vez en la mesilla de noche.

A continuación, cogió el vaso de agua.

Estaba ligeramente ladeada. Se llevó la mano a la boca y simuló que tragaba los dos comprimidos.

En seguida bebió el agua.

Puso la mano en la sábana, debajo del embozo, y dejó allí las pastillas.

Rogó al cielo que Richard no se hubiese dado cuenta de esto.

El le sonrió.

—Ya verás cómo el sueño te hace bien.

—Sí, Richard...

—Estaré en el *living* un rato hasta que tú te duermas.

—Como quieras.

El salió de la habitación y cerró tras de sí.

No podría salir por el *living*.

Tenía que abrir la ventana, pero antes tomó su bolso, donde guardaba casi cincuenta dólares.

Se movió rápidamente y empezó a utilizar su fuerza con la ventana.

Tampoco cedía.

No, no podía salir por allí.

Tendría que volver a cruzar por el *living*.

Pero eso no lo haría por nada del mundo, porque Richard la detendría otra vez.

Ahora estaba segura de que su marido se había hecho el dormido, como antes.

De repente, la ventana cedió.

Estuvo a punto de lanzar un grito y traicionarse.

Luego, le fue ya fácil subir la hoja de guillotina.

Esperó unos segundos y al fin se decidió a saltar.

Cayó a la otra parte y produjo un ruido porque perdió el

equilibrio y apoyó con demasiada fuerza su espalda contra la pared.

No, no podía esperar.

Si Richard había oído el ruido, saldría en su persecución.

Echó a correr, alejándose del *bungalow*.

Esta vez no iría por la carretera. Se mantendría alejada de ella. Si Richard descubría su fuga, sabría indudablemente adónde se dirigía.

De vez en cuando se detenía para recuperar el aliento, pero en seguida reemprendía la marcha.

Aquellas millas le parecieron muy largas.

Al fin, vio las luces de neón de la estación de servicio.

En el establecimiento no había tantos camiones como antes.

Empujó las hojas del bar y pasó al interior.

Martin Whale estaba a la otra parte del mostrador y, al descubrirla, se quedó quieto, mirándola, con un vaso de cerveza en la mano.

Carroll se había detenido, pero ahora echó a andar hacia él.

—¿Otra vez aquí, señora Cardiff?

—¿Dónde está el policía?

—Ya estuvo y se marchó.

—Ah, no —dijo Carroll casi con un gemido.

—¿Qué le pasa...? ¿Vio otra vez al rubio...?

—¿Qué importa que lo viese...? Usted no me cree.

Martin bebió un trago de cerveza.

Se limpió la boca con una servilleta de papel.

—Oiga, señora Cardiff, soy una persona muy comprensiva y creo que ya conozco su problema...

Ella enarcó las cejas y no dijo nada.

Entonces, él prosiguió:

—Usted no quiere a su marido. Eso es lo que le pasa. Después de la boda, se dio cuenta de que no es el hombre de sus sueños, que no puede ser el padre de sus hijos... Por eso ha armado tanto jaleo y no quiere pasar la noche con un hombre por el que no siente ningún amor...

—En cierto modo, no se equivoca...

—Ya lo sabía...

—He dicho, en cierto modo.

—Entiendo, quiere hacer una aclaración.

—Desde luego.

—¿Cuál es la aclaración...?

—Todo lo que le conté es verdad, y se ha vuelto a repetir. Poco después de marcharse usted, otra vez desapareció mi marido y el rubio ocupó su lugar...

—De modo que ahora está allí el rubio.

—No. Está mi marido, quiero decir que fue a él a quien últimamente vi antes de escapar por la ventana.

—Oiga. —Martin Whale se apretó el puente de la nariz, pensativo—, ¿no se habrá casado usted con un transformista...?

—¿Qué?

—Ya sabe, uno de esos que trabajan en el circo o en el *music-hall*... Les basta unos segundos para saltar de un personaje a otro. De pronto aparecen ante los ojos de los espectadores como Lincoln y, pocos segundos después, se transforman en Rock Hudson, y algunos hasta hacen papeles de mujer...

—¿Qué tontería está diciendo...? Mi marido no es ningún transformista.

—Bueno, quizá es un aficionado...

—No, señor Whale, no es nada de eso. Estoy segura de que se trata de dos hombres distintos... Ha de creerme, no le miento.

—Está bien, está bien, tranquilícese...

—Pero ¿qué voy a hacer...?

—¿Tiene familia?

—Sólo mi tía... Vive en Center Port, en donde me casé esta mañana con Richard... Pero no adelantaría nada con ir allí... ¿Es que no se da cuenta...? Estoy casada y mi marido es Richard Cardiff...

—Entonces, ¿qué solución se le ocurre?

—No lo sé... Sinceramente, no lo sé...

—¿Quiere beber algo...?

—No, gracias.

—Un trago de *whisky* no le vendrá mal...

—¿Usted cree...?

—Ya verá cómo se siente mejor.

Martin le sirvió el *whisky*.

—No acostumbro a beber, señor Whale, pero, dadas las circunstancias, quizá tenga usted razón.

Bebió de una sola vez el contenido del vaso.

—¿Qué tal? —preguntó Martin.

—¿Puedo tomar otro trago...?

—Claro que sí.

—Se lo pagaré.

—Nadie le ha dicho que lo tenga que pagar. Es invitación de la casa.

Le sirvió otro *whisky*, que Carroll bebió tan de prisa como antes.

—Eh, cuidado, a ver si se marea... —dijo Martin.

—Oiga, qué buena idea. Creo que eso es lo que me hace falta, embriagarme...

—¿Quiere que le diga una cosa...? No siempre uno se olvida de los problemas cuando se embriaga. A veces los problemas se ven mucho más grandes... No, no creo que le convenga.

—Señor Whale, ¿tengo derecho a entrar aquí...?

—Claro que tiene derecho, nadie se lo discute.

—También lo tengo para beber, si pago con mi dinero.

—Sí, es verdad.

La joven abrió el bolso y sacó unos cuantos billetes.

—Póngame otro vaso, señor Whale...

Martin permaneció quieto.

—¿Cree que va a solucionar así alguna cosa...?

—¿Y cómo quiere que lo arregle...?

Martin titubeó, pero, por fin, le sirvió el tercer vaso de *whisky*.

Carroll tomó el vaso y bebió un trago.

Sentía un gran calor por todo el cuerpo y veía las cosas de distinto modo.

Se echó a reír.

—Eh, oiga, señor Whale, creo que ninguna mujer podrá, decir lo mismo que yo.

—¿Qué cosa...?

—Me he casado con dos hombres... ¿Lo oye bien...? Soy una bígama. —Carroll rió otra vez, haciendo un hociquito.

Martin frunció el ceño.

Ya estaba arrepentido de haber sugerido a la joven que bebiese un trago.

Aquella chica se pondría pesada. No estaba acostumbrada a beber y, de un momento a otro, empezaría a decir cosas propias de

la embriaguez. Decidió no servirle otro *whisky*. No lo haría, aunque ella tuviese dinero para pagarlo.

—¿Se da cuenta, señor Whale? —dijo ella, sin perder la sonrisa—. Tengo dos maridos, uno con el pelo castaño y el otro con el pelo rubio. Y los dos son guapos... ¿Qué otra mujer puede decir lo mismo...? Y lo más gracioso de todo es que los dos están de acuerdo. _ Uno se va y el otro viene, pero nunca están conmigo los dos juntos... Son unos buenos chicos, que han decidido repartirse por horas a Carroll Huston.

—No sabe lo que dice.

—Claro que lo sé, señor Whale... Los he visto bien... Han sido muchas veces... Ya no puedo equivocarme... ¿No le he dicho que me querían dormir...?

—¿Los dos...?

—Sí, los dos, por turno... Me dejaron un frasco de somníferos... Lo sugirió Richard, pero me lo trajo el rubio... ¿No resulta estupendo...? Hablo con uno y resulta que es el otro el que recuerda la conversación...

—Oiga, señora Cardiff..., ¿tiene usted dinero...?

—Claro que sí, en el bolso, ya se lo he dicho.

—No me refería al dinero que tiene en el bolso, sino a si es usted una mujer rica...

—Ah, no, no tengo nada...

—Habló de una tía en Center Port... ¿Tiene ella otros familiares aparte de usted...?

—No, sólo me tiene a mí.

—¿Posee ella fortuna...?

—No... Quiero decir que sólo tiene la casa y una pensión que le quedó de su marido... Poca cosa... Mi esposo se casó conmigo por amor... ¿Lo oye bien...? Por amor... Se enamoró de mí la primera vez que me vio en aquel callejón con los pies metidos en el barro... Había llovido durante dos días en Center Port y las calles estaban embarradas... El me ayudó a salir del barrizal en que me había metido... Fue así como nos conocimos... ¿No le parece romántico...? Y yo no me di cuenta entonces de que estaba conociendo a dos hombres... Sí, porque mi marido se compone de él mismo y de un rubio.

Carroll seguía riendo.

Llevóse el vaso a los labios.

En aquel momento se abrió la puerta y Martin miró hacia allí.

Vio entrar a Richard Cardiff, el esposo de la joven.

Se había detenido en el umbral y estaba muy serio, observando a su mujer.

Por su parte, Carroll vio la cara de Martin y entonces giró hacia la puerta. Al ver a su marido, dijo:

—Hola, Richard... ¿Viniste solo...? Qué pena, podías haber traído contigo a mi segundo esposo... Así, el señor Whale lo hubiese conocido...

Richard echó a andar hacia ella.

—Te has emborrachado, Carroll...

—Oh, no debes decir eso... Suena feo.

Richard alzó los ojos, clavando la mirada en el rostro de Martin Whale.

—Ha sido usted, ¿eh...?

—¿Qué quiere decir...?

—Usted la emborrachó...

—Ella pidió *whisky* y yo se lo serví... Es mi obligación...

—Pero usted sabe en qué estado se encuentra mi mujer... Lo sabe tan bien como yo... Usted no debió servirle la bebida.

—Eh, dejen de discutir —intervino Carroll con voz jovial—. Propongo un brindis y yo pago la ronda... Vamos a brindar por Carroll Huston, la mujer con dos maridos.

—Ya está bien, Carroll —dijo Richard, con voz ronca.

—¿Por qué te enfadas, Richard...? ¿No es la verdad?

—No, no lo es... Sólo te has casado conmigo. Yo soy tu único marido.

—Oh, claro... Perdona, Richard, yo soy quien veo a los dos hombres... ¿Lo oye, señor Whale...? Sólo existe un marido, pero yo veo a dos. Veo a Richard y, al cabo del rato, veo al rubio.

Richard sacó dos billetes de a dólar y los dejó sobre el mostrador. Después tomó a su mujer por el brazo.

—Vamos, Carroll...

—No, yo no iré contigo —contestó ella, desasiéndose de un tirón.

—Carroll, estás enferma y no te voy a dejar aquí...

—Yo quiero quedarme.

—Soy tu marido y debes obedecerme...

—Sí, es cierto, eres mi marido, pero también el otro tiene derecho... Y me refiero a mi otro esposo, al rubio... Quizá a él le guste que me quede aquí. Hasta es posible que se reúna conmigo.

—Ya basta de tonterías, Carroll... Si no vienes por las buenas, te llevaré a la fuerza.

Tomó a la joven violentamente por el brazo.

El vaso cayó de la mano de Carroll y se rompió en el suelo.

Carroll miró a Martin Whale.

—No quiero marcharme, señor Whale...

Richard Cardiff dijo:

—No tiene usted derecho a inmiscuirse en este asunto, señor Whale... Recuerde, somos marido y mujer. Ella está enferma y me necesita más que nunca... Esta misma mañana lo dijo el hombre que nos casó...

Martin Whale sacudió la cabeza.

—Llévesela y procure que duerma...

—Sí, eso voy a hacer.

Carroll gritó:

—¡No deje que él me lleve, señor Whale...! ¡Eso es lo que Richard y el rubio quieren, que yo duerma...! Ya se lo dije. Quisieron que tomara los somníferos, pero yo los engañé... Por eso pude escapar por la ventana...

Richard chascó la lengua.

—Perdone por esta escena, señor Whale... No pude imaginar que llegase a ocurrir esto...

Empujó a Carroll hacia la puerta y ahora la joven fue obediente, pero antes de salir, volvió la cara hacia Martin Whale. Fue a decir algo, pero cerró los labios y salió con Richard.

Montaron en el auto que Richard había dejado cerca del bar y la joven apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Cardiff puso el vehículo en movimiento.

—Me estás creando demasiados problemas —dijo él.

—Anda, di que estoy loca...

—Ahora no sé si estás loca, o embriagada...

—No había tomado alcohol cuando te vi a ti y al rubio.

—El rubio sólo existe en tu mente, deberías saberlo ya... ¿Quién lo vio aparte de ti...? ¿Lo vi yo...? No... ¿Lo vio el señor

Gardner...? Tampoco... Y no me irás a decir que ese amigo tuyo, el señor Whale, está convencido de que, efectivamente, existe el rubio.

—No, no pude convencerlo, ya lo viste.

—Es muy lamentable. El señor Whale creerá que no estás en tu sano juicio...

—¿No es eso lo que tú quieres?

—¿Por qué he de querer una cosa así? —dijo Cardiff, frenando el auto al lado de la carretera.

Los dos se miraron a los ojos.

—Contéstame, Carroll, ¿por qué voy a querer volver, te loca? ¿Qué interés tendría yo?

—No lo sé.

—Al principio me negué a creer que eso te podía ocurrir a ti. Te di una oportunidad, pero tú la desaprovechaste... Sí, Carroll, tú la has desperdiciado... Nos iremos del motel en cuanto amanezca, está decidido, y te llevaré a un psiquiatra... No puedo esperar a que lleguemos a Nueva York, tú lo has complicado mucho... Quise que durmieses y me engañaste con aquellos dos comprimidos.

La alegría que Carroll había sentido al beber el alcohol, había dado paso ahora a una gran tristeza.

—Está bien, Richard... A partir de ahora te voy a obedecer... No hará falta que me lleves al psiquiatra... Palabra que te obedeceré.

—Sólo me interesa tu salud.

—Sí, Richard.

Él puso otra vez el auto en marcha.

Al pasar junto a la oficina del motel, vieron a Gardner en la puerta.

Llegaron al *bungalow* número 7 y Richard llevó el auto a la cochera.

Se apearon los dos y caminaron hacia la casa.

Carroll oyó la música de la radio y dio un grito.

—¡Él está ahí, Richard...! ¡El rubio está oyendo la música!

—No, cariño, ahí no hay nadie...

—Te digo que está...

Richard abrió la puerta y le pegó un empujón.

Miró dentro y después volvió la cabeza.

—Ven aquí, Carroll.

Ella dio unos pasos hasta quedar al lado de su marido.

Observó la habitación. No había nadie.

—Dejé la radio puesta —dijo Richard.

Los dos entraron en el *living* y la joven cerró la puerta.

—Richard, tengo una idea.

—¿Qué te pasa ahora?

—Marchémonos ahora...

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque necesitas descansar... Estás destrozada de los nervios y, para colmo, se te ocurrió beber esos vasos de *whisky*.

—Me encuentro mejor.

—No, continúas mareada... Ahora es necesario más que nunca que descanses...

—Es que no quiero ver otra vez al rubio... Si me quedo aquí, lo veré.

—Carroll, quiero hacerte una pregunta, y es muy importante.

—Dime, Richard...

—¿Eres una alcohólica...?

—¿Cómo...?

—Quizá lo eres y te dio vergüenza decírmelo... Pero yo soy comprensivo. Es eso, ¿verdad...?

—Richard, ¿cómo puedes creer de mí una cosa así...?

—A la primera oportunidad, te has puesto a beber... Eso lo explicaría todo... Sé bien que los alcohólicos sufren alucinaciones... Es lo que te pasa a ti... Ves cosas raras... Tu mente cambia mi rostro por el de otro hombre...

—No, Richard, nunca he bebido... Quiero decir, en el sentido que tú lo dices... No soy una alcohólica... Sólo me he mareado un par de veces en mi vida y resultó muy desagradable.

—¿Qué vas a decir tú...? Fui un ingenuo al hacerte la pregunta... De todas formas, ya lo arreglaremos cuando lleguemos a Nueva York.

—No hay nada que arreglar, Richard.

—¿No...? ¿Tú crees...? ¿Y qué me dices del rubio...?

Carroll se apretó las sienes con las manos.

—Richard —dijo en un balbuceo—. Quizá tú tengas razón... Quizá el rubio sólo ha existido en mi imaginación y eso quiera decir que no me encuentro bien... No lo entiendo, pero debe ser eso... Tú

me quieres, ¿por qué me ibas a hacer una cosa así...? Yo no tengo dinero... Y tampoco voy a heredar gran cosa cuando tú tía muera... Fue lo que dije al señor Whale...

—¿Qué fue lo que le dijiste al señor Whale?

—Eso de que no tenía dinero y que tampoco heredaría nada importante de la tía Suzanne...

—¿Te preguntó él...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Quería ayudarme...

—Entiendo, llegó a admitir que tú tenías razón, que el rubio existe. Y el señor Whale se pensó que debía haber algún motivo para que yo organizase una confabulación de esa clase... ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo con nuestro matrimonio, de lo que estás haciendo de ti y de mí...? Nos casamos esta mañana y ya estás faltando a tu juramento.

—No, Richard...

—Sí, querida, es la pura verdad... Estás haciendo saltar nuestro matrimonio en pedazos, cuando todavía no llevamos un día de casados... Todo por la estúpida idea de que aquí, en este *bungalow*, hay dos hombres...

—Richard, no me recrimines, quizá tú tengas razón, seguro que la tienes... Sufro alucinaciones... Eso debe ser... Pero ya no veré más al rubio... Claro que no... Voy a hacer un esfuerzo, ¿sabes?

Richard la enlazó por la cintura y la besó en los labios.

—Me gusta oírte hablar así...

—Ahora quiero dormir, tengo mucho sueño.

Carroll bostezó, poniéndose la mano delante de la boca.

—Ha sido un día muy movido para ti... —dijo Richard.

Carroll se tambaleó.

—Dios mío, creo que me estoy cayendo de sueño...

Fueron al dormitorio y la joven se dejó caer en la cama que había elegido.

Dio otro bostezo y cerró los ojos.

Se quitó los zapatos y se tendió.

Luego tomó la sábana y cubrióse.

—Buenas noches, Richard.

—Buenas noches, querida... Yo me acostaré pronto. Sólo quiero

reflexionar un poco, mientras fumo un cigarrillo.

—Sí, Richard —dijo ella, con voz apenas audible.

Richard fue a salir de la habitación. Pero antes se detuvo.

—Querida, no intentes escapar por la ventana... La inutilicé. Nunca podrías abrir.

Ella no contestó.

Entonces, Richard salió de la habitación y cerró tras de sí.

Carroll no había mentido. Tenía mucho sueño. Deseó dormirse y no despertarse en un millón de años... Eso sería lo mejor.

Oyó su voz interior:

«Muy bien, Carroll, tú vas a dormir, y con eso le vas a hacer un favor a Richard... ¿Y por qué no al rubio...? Ellos traman algo... Tú no sabes qué es, pero está claro que se llevan algo entre manos... ¿Has pensado realmente que sólo se trata de un hombre...?».

Carroll abrió los ojos.

¿Por qué no podía dormir cuando tenía sueño...?

Su voz interior decía cosas estúpidas. Había quedado con Richard en que ella sufría alucinaciones.

Sólo era eso, pero era joven y curaría, porque nunca había sufrido ninguna enfermedad grave.

De pronto oyó voces en la otra habitación, como si dos personas estuviesen discutiendo.

No, no podía haber dos personas. En el *living* sólo estaba su marido, Richard Cardiff.

Otra vez oyó una voz agria, descompuesta.

Entonces, hizo un esfuerzo y puso los pies sobre la alfombra.

Tenía que recorrer la distancia que le separaba de la puerta y escuchar.

Se puso en pie y estuvo a punto de caer.

Se enderezó de nuevo y echó a andar.

Poco a poco, se fue acercando a la puerta y al llegar a ella, se apoyó.

Entonces, pudo oír la voz de Richard:

—Todo marcha bien...

—No estoy de acuerdo contigo —contestó otro hombre—. Se han complicado demasiado las cosas... Y tú eres el responsable de ello, Richard.

Carroll sintió un escalofrío por la espalda, porque estaba segura

de que la voz del segundo hombre tenía el mismo tono y el mismo timbre que la del rubio.

CAPÍTULO VIII

No, aquello no podía ser una alucinación suya.

Su marido, Richard, estaba hablando con otro hombre y estaba segura de que era el rubio. Éste preguntó:

—¿Cómo está ella, Richard?

—Dormida.

—¿Estás seguro...?

—Se emborrachó en la estación de servicio.

—Eso quiere decir que habló con Martin Whale.

—Sí.

—¿De qué habló con él...?

—Tonterías.

—¿Qué clase de tonterías, Richard?

—Lo estás haciendo demasiado difícil, Delmer.

Carroll sintió ganas de reír. Por fin conocía el nombre del rubio. Se llamaba Delmer.

Ella no estaba loca y, naturalmente, tampoco estaba embriagada. Todo lo que había visto en aquel *bungalow* era verdad.

Ella tenía razón, sólo ella.

—Martin Whale le preguntó si tenía alguna fortuna —dijo Richard.

—¿Llamas a eso una tontería...?

—¿Qué le podía contestar Carroll, sino la verdad, que ella no tiene nada...? Decidimos que lo bueno de este asunto era que nadie descubriría la razón...

—Pero ¿y después que ella muera?

Carroll se estremeció de la cabeza a los pies.

Estaban hablando de su muerte y no de que la internasen en una clínica psiquiátrica.

—Después que ella muera —dijo Richard—, no habrá nadie que nos amargue el pastel... Todo ha sido como lo habíamos trazado, Delmer.

—Todo, no.

—¿Dónde está el fallo?

—Quedamos en que ella sólo debió ir una vez a la estación de servicio y fue dos...

—También es tuyo el fallo... Si estabas fuera, debiste verla salir.

—Yo estaba entonces en la cochera, fumando un cigarrillo.

—Entonces, no me recrimines, si ella hizo una segunda visita a la estación... Los dos somos culpables al cincuenta por ciento.

—Está bien, Richard. No quiero discutir contigo...

—Yo tampoco.

Carroll se dijo que debía salir otra vez de allí y sería la tercera escapada.

La ventana era su única salvación, la ventana.

Echó a andar hacia ella, trastabillando.

Se apoyó en la pared y por fin llegó ante la ventana de guillotina.

Trató de levantarla pero sólo la pudo mover una pulgada.

¿Qué le había advertido Richard sobre la ventana poco antes de salir de aquella habitación...?

Ah, sí, le había dicho que no lo intentase de nuevo porque él la había asegurado para que no la pudiese mover.

Sintió un gran vacío interior.

Estaba a merced de aquellos dos hombres, de Richard y de Delmer, porque ahora sabía perfectamente que eran dos personas distintas.

La iban a matar.

Ésa era la clase de negocio que habían acordado entre su marido y el rubio.

Pero ¿por qué la iban a matar...? ¿Por qué...?

Era algo completamente absurdo. Ella no tenía dinero y, si bien heredaría a la tía Suzanne, sólo tenía su casa, porque la pensión de Suzanne era algo personal y a ella no le correspondería un centavo de ella.

La casa valía muy poco. ¿Cuánto podría valer? ¿Tres mil...? ¿Cuatro mil dólares...?

Ah, no, ésa no podía ser la razón.

Pero ¿por qué estaba haciéndose preguntas acerca de la razón que ellos tendrían para matarla?

Debería seguir escuchando, ya que para escapar del *bungalow* tendría que salir por la puerta principal.

Eso era, tendría que esperar una oportunidad para impedir que los dos verdugos llevasen a cabo su plan de matarla.

Echó a andar tambaleante hacia la puerta.

Richard estaba hablando.

—Muy bien, lo haremos ahora, Delmer.

—Debiste darle los dos comprimidos y ya habría terminado todo.

—No se los di porque estaba muerto de sueño...

—¿Y qué harás ahora...?

—Muy sencillo. La despertaré y la obligaré a que tome las dos grageas.

—Entonces, no te entretengas más.

—Sí, Delmer.

Carroll se quedó rígida.

Nuevamente, su cuerpo estaba convertido en un trozo de hielo.

Su marido, Richard, se disponía a matarla. Lo iba a hacer con el somnífero que estaba en la mesilla de noche.

Debía hacer algo para salvarse.

Tuvo una idea y echó a correr.

Fue a la mesilla de noche, tomó el frasco de barbitúricos y entró en el cuarto de baño.

Abrió la tapa del frasco y arrojó cuatro comprimidos por el inodoro.

Regresó al dormitorio.

Dejó el frasco sobre la mesilla de noche, se acostó en la cama y se cubrió.

Un segundo más y Richard la habría sorprendido.

Oyó que se abría la puerta y cerró los ojos.

Escuchó pasos que se acercaban a la cama.

Se detuvieron cerca, al borde.

Imaginó a Richard mirándola.

Ella respiró acompasadamente, como si estuviese sumida en un sueño profundo.

Oyó un ruido.

Richard había alargado la mano hacia el frasco.

Se había dado cuenta de que faltaban algunos comprimidos.

Otro golpe.

Había puesto de nuevo el frasco sobre la mesilla de noche.

Entonces, él se sentó al borde de la cama.

—Nena.

La tomó por los brazos y la zarandeó.

Ella simuló que despertaba.

Erró la mirada por la habitación hasta posar los ojos en él.

—Carroll, ¿has tomado algún comprimido...?

—Sí...

—¿Cuántos...?

—Tres o cuatro... Por favor, déjame dormir... Tengo mucho sueño...

—Sí, querida...

Apartó sus manos de los brazos de ella y se puso en pie.

Carroll cerró otra vez los ojos, dio un suspiro y quedó inmóvil sobre el lecho.

Sabía que Richard la estaba contemplando.

Finalmente, oyó los pasos de él que se alejaban.

La puerta se abrió y se cerró.

Esperó un rato.

¿Qué haría ahora?

Probablemente, las pastillas estarían envenenadas, eso debía ser, y ellos sabrían en cuánto tiempo le harían efecto.

Esperarían y cuando volviesen y la viesen viva, no vacilarían en matarla.

Sólo había un camino de salvación.

La huida.

Bajó del lecho y se encaminó de nuevo hacia la puerta.

No oía nada.

Quizá se habían confiado.

Eso era, habían caído en la trampa que ella les había tendido.

De repente, la puerta se abrió de golpe.

Carroll lanzó un grito.

En el hueco estaba el rubio y más allá, sentado en un sillón, Richard.

El rubio sonrió y dijo:

—Conque se había tomado tres o cuatro comprimidos, ¿eh, Richard?

—Eso es lo que ella dijo.

Hubo un silencio.

El rostro de Richard estaba muy pálido.

—Sin embargo, te engañó —dijo Delmer—. Ya estoy cansado de este juego... Has fallado demasiadas veces, Richard... Esta vez, voy a ser yo quien intervenga y te aseguro que lo voy a hacer de una forma definitiva.

CAPÍTULO IX

Zachary Gardner estaba sentado en un sillón en su oficina, viendo una revista de fotografías, chicas con muy poca ropa.

La puerta se abrió.

Gardner alzó los ojos y se sorprendió al ver allí a Martin Whale, el dueño de la estación de servicio.

—¿Otra vez aquí, señor Whale...?

—Sí.

—¿Quizá le interesó la chica que está medio loca...?

—¿Sólo medio loca...? —sonrió Martin—. Yo diría que lo está del todo.

Zachary entornó los ojos y sonrió.

—Me parece que se encaprichó de usted.

—¿Por qué dice eso...?

—Lo visitó por segunda vez en la estación de servicio.

—Sí, es cierto, pero sólo lo hizo porque echaba de menos el alcohol.

—De modo que se emborrachó.

—Sí, eso hizo y dio todo un espectáculo. Menos mal que llegó su marido a tiempo y se la llevó... Imagino que continúan aquí.

—Sí.

—Pero ya le he dicho que no vengo por eso.

—¡Por qué vino!, ¿entonces...?

—Por una chica, naturalmente... Quiero alquilarle un *bungalow* por esta noche.

—¿De veras...? ¿Y cuándo vendrá ella?

—Ya está aquí... Vino conmigo en el auto.

Gardner sonrió otra vez, y volvió a mirar a la rubia en bikini que estaba admirando en la revista cuando Martin llegó.

—¿Me permitirá que le eche un vistazo, señor Whale?

—No hay inconveniente —dijo Whale—. Pero que no se dé cuenta ella...

—Entiendo... Es casada, ¿eh...?

—No se lo pregunté.

Gardner se levantó del sillón y fue hasta la puerta. Miró hacia el auto de Martin Whale, que estaba frente a la oficina.

Efectivamente, había una mujer.

También tenía el cabello rubio, como la de la revista, y una cara muy bonita, de pómulos altos y mejillas hundidas.

—Caramba, parece una de esas chicas todo fuego.

—Lo es.

—Usted es un suertudo, señor Whale.

—No me quejo de mi suerte... ¿Me dará el *bungalow*?

—Sí, claro. El número 4.

—Me da lo mismo.

—Pero tendrá que anotarse en el registro.

—No he dicho que no me vaya a registrar...

Gardner se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—¿Quién va a decir que es ella?

—No sea quisquilloso, Gardner. Sólo me inscribiré yo... Es mejor así. Y no me diga que la policía va a venir aquí para sacarnos fotografías.

—Está bien.

Martin se inscribió con su nombre y luego dijo:

—Aquí tiene los tres dólares.

—Son seis.

—Eh, Gardner, sé perfectamente que son tres...

—Pero usted va a pagar seis. No debe quejarse recuerde, es un suertudo.

Martin Whale sacudió la cabeza.

—Está bien, Gardner, pero cuando vaya a la estación de servicio con una chica, le haré pagar esto...

—Yo no iré allí con una chica, sé valerme por mí mismo... Tengo muchos *bungalows* —rió, estremeciendo los hombros—. Es mi ventaja sobre usted, señor Whale.

Martin pagó los seis dólares, aceptó la llave que Gardner le daba y salió de la oficina.

Montó en el auto y la rubia preguntó:

—¿Cómo fue la cosa?

—Sin novedad, tenemos el *bungalow* número 4.

Whale llevó el auto hacia el *bungalow* que le habían destinado y lo metió en la cochera.

Luego, la rubia y él entraron en la casa.

Apenas hubo cerrado la puerta, la joven le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

Al separarse, ella dijo:

—En cuanto te vi, me dije que tú eras mi tipo.

—¿De veras?

—Sí, querido, me gustan como tú... Altos, varoniles, con simpatía...

—¿Soy tantas cosas?

—Y algo más. Tienes clase.

—Tú también la tienes, Doris. Me vas a perdonar un momento. Tengo que salir.

—¿Para qué?

—Esto hay que celebrarlo y me olvidé de traer del bar una botella de *whisky*... Pero le pediré a Gardner una.

—Sí, creo que nos vendrá bien a los dos. Y también tenemos una radio... Bailaremos.

—Sí, nena, bailaremos y beberemos un poco. Quiero que esta noche sea sonada...

—Por mí, no va a quedar, grandullón.

Martin la besó suavemente en los labios y salió del *bungalow*.

Caminó hacia la oficina, pero luego se detuvo.

No, no era a la oficina donde él quería ir.

Dio media vuelta y se encaminó por el camino opuesto al que estaba Gardner.

Subió al porche del número 7 y golpeó con los nudillos en la puerta.

Transcurrieron cinco segundos.

Del interior le llegaba la música de la radio.

Llamó otra vez, ahora con más fuerza, por si no le habían oído.

Pasaron otros diez segundos.

Al fin, la puerta se abrió y Martin vio en el hueco al hombre que conocía como esposo de Carroll, a Richard Cardiff.

—Buenas noches —dijo Martin.

Richard Cardiff enarcó las cejas.

—¿Usted...? ¿Qué quiere?

—Vine aquí con una chica.

Cardiff miró por encima del hombro de Martin.

—No veo a ninguna.

—La dejé en el *bungalow* 4.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros, con mi mujer y conmigo?

—Me quedé sin tabaco...

—¿No vende Gardner?

—No.

Richard Cardiff sacó un paquete de cigarrillos y se lo alargó.

—Gracias, es muy amable —dijo Martin.

—Quédeselo, yo tengo más...

—¿Cómo está la señora Cardiff?

—Durmiendo.

—Siento lo que pasó en mi bar.

—No tuvo importancia.

—Le aseguro que fue ella quien quiso beber. Richard Cardiff forzó una sonrisa.

—Yo me excedí con usted... En realidad, tenía razón. Usted tiene un local público y, si le piden un *whisky*, lo tiene que servir.

—Gracias por ser tan comprensivo...

Richard bostezó.

—Y ahora, perdóneme, señor Whale, pero yo también tengo mucho sueño.

—Para ser su primera noche de casado, va a tener un mal recuerdo.

—Sí, es posible...

—¿Vio otra vez al rubio?

—¿Cómo?

—Me refiero a su mujer.

—No, desde luego. Ya no lo volvió a ver. Vino de su bar mareada y se fue derecha a la cama... Dijo que quería dormir, pero estaba muy nerviosa...

—Ya no le molesto más, señor Cardiff. Que pasen buena noche...

—Lo mismo le deseo, señor Whale.

Martin dio media vuelta y se alejó del *bungalow*.

Cardiff no cerró la puerta hasta ver que Martin se perdía en la oscuridad.

Al volverse, la puerta del dormitorio se abrió bruscamente y vio aparecer a Carroll, forcejeando con Delmer.

Carroll pretendía gritar, pero Delmer había logrado pasarle una mano por el cuello y, con la otra, le cubría la boca.

—¡Calla, maldita...! —gritó Delmer.

—¡Silencio! ¡Él debe estar todavía cerca! —dijo Richard.

—Es tu mujercita, que quiere echarnos a perder la noche.

Delmer soltó un puñetazo a la joven.

Carroll dio un grito y se desmayó.

El rubio la sostuvo por la cintura, la tomó en brazos y la llevó hasta el diván. Dio un suspiro después de tenderla allí.

—Oyó a ese Whale y quiso salir... Menos mal que yo pude impedirlo... ¿Qué quería ese tipo?

—Se le había terminado el tabaco.

—Qué raro. Su negocio está en la carretera. ¿Por qué tenía que venir aquí a buscar tabaco?

—No ganarás ningún premio de inteligencia, Delmer. Se trajo una chica... Está en un *bungalow* con ella.

—¿Estás seguro?

—Oye, tuvo que pasar por la oficina para tener un *bungalow* y, si Gardner se lo dio, es porque no tenía nada de particular.

—No me gusta.

—¿Y por qué no te gusta?

—Bueno, si quieres alguna explicación, te la puedo dar. Ese Martin Whale ya vio dos veces a tu mujer.

—Anda, dime ahora que él se enamoró de ella y que por eso vino aquí.

Delmer quedose pensativo unos instantes.

—Todo ha empezado a salir mal.

—Nada ha salido mal... Esto es un negocio de cien mil dólares y es lo que vamos a cobrar. Cincuenta mil para cada uno... Aunque, bien mirado, yo debía llevarme dos tercios...

—¿Tú dos tercios? ¿Por qué?

—Porque es mi mujer la que va a morir.

—No seas estúpido... Es mi compañía de seguros la que va a

pagar esa póliza y es a mí a quien se le ocurrió la idea de que te casases con una linda chica pueblerina para hacer este negocio.

—Yo soy el que corre con todos los riesgos, Delmer. Me caso y la primera noche de casado, me quedo viudo.

—¿Qué tiene de particular? El negocio fue bien preparado. Ella es víctima de una fuerte depresión nerviosa. De pronto, dejó de ver a su marido y vio a un hombre rubio en su lugar. Más tarde, volvió a ver a su marido y luego al rubio. Huyó dos veces de su amantísimo esposo... Tenemos buenos testigos, a Gardner, a Martin Whale, y a otras personas que estaban en la estación de servicio. Te dije que ella picaría, que cuando llegase la hora de escapar, se dirigiría a la estación de servicio. De esa forma, logramos los testigos que necesitábamos. Incluso, ahora que lo pienso, esa segunda huida puede ayudarnos mucho. ¿Qué tiene de particular que la muchacha tome una dosis excesiva de barbitúricos y se marche al otro mundo?

—Eso convierte a Whale en el principal testigo.

—Sí, es posible. Pero él no tendrá más remedio que decir la verdad, que tu mujer llegó allí contando una extraña historia de la transformación de su marido en un rubio y que las dos veces que la vio estaba muy excitada...

En aquel momento, Carroll soltó un gemido y empezó a volver en sí.

Los dos la miraron en silencio.

Carroll abrió los ojos y observó a Richard en primer lugar. Luego desvió los ojos y vio al rubio.

—Entonces..., yo tenía razón... —murmuró.

El rubio le sonrió.

—¿Cómo estás, mujercita?

—¿Quién es usted?

—Llámame Delmer.

—¿Qué quiere de mí?

—Pregúntaselo a tu marido.

Ella miró a su esposo.

—Richard, ¿me quieres decir qué significa esto?

—Estás loca, nena... Aquí sólo estoy yo... Cuando miras hacia la izquierda, le hablas a la pared.

La joven volvió a mirar hacia la izquierda y vio al rubio riendo.

Se levantó del sofá.

Sus piernas le flaquearon, pero logró agarrarse al brazo del sillón.

—¿Qué vas a hacer, nena? —preguntó Richard.

—Tocarlo... Sólo quiero tocarlo —dijo ella, yendo hacia el rubio.

Delmer se quedó quieto.

Ella rodeó el diván.

Al fin, llegó cerca de Delmer.

Puso la mano sobre el brazo del rubio.

—¡Richard! —gritó—. ¡Es de carne y hueso...!

—¿Estás segura, nena?

—Claro que lo es...

—No, querida, estás tocando el aire...

—Richard, ¿por qué me haces esto? Lo he oído hablar, reír. Ha hablado conmigo...

Delmer la tomó por un brazo y tiró de ella hacia sí.

Carroll creyó que la iba a besar y echó la cabeza hacia atrás.

—¡No! —gritó.

—¿Sabes que eres muy linda? —dijo Delmer—. Sí, nena, eres preciosa. Mi amigo Richard tuvo mucho gusto al elegirte.

La voz de Richard sonó como un latigazo:

—¡Déjala, Delmer!

—¿Qué te pasa, Richard? ¿Es que tienes celos?

—No, no tengo celos, pero estamos perdiendo el tiempo. Soy yo ahora quien te lo recuerda... Esto tenemos que acabarlo de una vez.

—Está bien.

Delmer miró al rostro de la perpleja Carroll.

—Ya lo has oído, nena... Tengo que dejarte y palabra que lo siento... Eres una chica como a mí me gustan. Palabra que me hubiese divertido contigo un rato, pero tu maridito no lo consiente.

—¡Basta ya! —gritó Richard.

—Eh, chico, cuidado con alzarme la voz. No te lo tomes demasiado en serio eso de que eres su marido.

El rubio soltó a la joven, la cual se tambaleó.

Se apoyó en el brazo del diván y miró a su marido.

—Richard, ¿qué vas a hacer?

Éste no dijo nada, y fue Delmer quien respondió:

—Richard te va a matar, querida.

—¡No!

—Anda, Richard, díselo tú...

—Ella lo sabe, no necesita que yo se lo diga...

—Pero ¿por qué, Richard? ¿Por qué? —gritó Carroll.

—No hace falta que lo sepas.

—Quiero saberlo..., necesito saberlo...

—Tú vales para nosotros cien mil dólares.

—Oh, no, eso es absurdo... ¿Cómo voy a valer yo cien mil dólares?

—Sólo los vales muerta.

—¿Qué...?

—Contrataste una póliza de seguro de vida.

—Jamás contraté yo una póliza así.

—La contrataste sin saberlo.

—¿Cuándo...? ¿De qué forma?

—Hace cosa de un mes... ¿Recuerdas? Firmaste unas cosas, ya sabes, los documentos que necesitábamos para casarnos... Uno de aquellos papeles estaba relacionado con la póliza de vida.

Ella arrugó el ceño.

—Richard, ¿cómo has podido hacerme una cosa así?

—Lo siento, nena, pero alguien tenía que ser.

—Entonces, tú no me quieres, todo es mentira, no estás enamorado de mí... Buscabas una mujer para matarla...

—Sí...

Carroll se apretó la cabeza con las manos.

—Es horrible, no lo puedo creer... ¿Qué clase de hombre eres tú, Richard?

El rubio rió.

—Ya lo ves, nena, el negocio es el negocio.

—¿Cómo puede hablar así? ¿Es posible que después de que me maten vivan tranquilos?

—Bueno —dijo el rubio, midiéndola de pies a cabeza—. Yo te preferiría viva, al menos por media hora. Pero no puede ser, ¿verdad, Richard?

—Deja ya esa broma —rezongó el aludido.

—Te aseguro que no es broma. La chica es de lo mejor que he visto desde hace meses...

—Es usted repugnante —dijo Carroll, y se volvió a mirar a Richard—. Pero tú lo eres más que él.

El rubio se puso a aplaudir.

Richard lo miró con rabia.

—¿Quieres terminar de una vez, Delmer?

—Eres tú quien tiene que acabar...

—Quiero que te encargues de ella, Delmer.

—Entiendo, el marido se siente con el corazón blando. Está bien, no te preocupes, me encargaré de ella coa mucho gusto.

—Richard —dijo Carroll—. Hay algo que no entiendo. Si no te sirve de molestia, quisiera que me contestases a una pregunta: ¿Por qué no me has matado sin necesidad de organizar esta comedia?

—Es la mar de sencillo. Delmer y yo somos especialistas en seguros. Sabemos las dificultades que existen para cobrar pólizas de seguros de vida. Investigan hasta el menor detalle. No podía recurrir al truco tan conocido del accidente de automóvil... Tenía que ser algo mejor... ¿Qué tiene de particular que una mujer se sienta demasiado emocionada en su primera noche de casada? Algunas cometen estupideces cuando pasan por esa situación... También las hay que sufren depresiones nerviosas y hasta tienen alucinaciones... Es lo que te ha pasado a ti. Pero, naturalmente, no bastaría con mi palabra. Era necesario que algunos testigos ratificasen mi versión de los hechos... Te dejé escapar de la casa cuando fuiste a la oficina. Te dejé ir también a la estación de servicio. Era allí donde yo quería que fueses. Sólo una vez lograste escapar sin yo saberlo. Fue cuando hiciste tu segundo viaje a la estación de servicio. Pero Delmer ha llegado a la conclusión de que también nos será útil. Bebiste demasiado *whisky* allí. Tu nerviosismo ha ido en aumento, quieres dormir y la única solución son los barbitúricos. Te decides a tomar algunos comprimidos... Quizá yo sea un descuidado por haber dejado el frasco en la mesilla de noche. Pero será un pequeño error por mi parte, que lamentaré mucho, desde luego.

Carroll se sentía llena de amargura. Se había comportado como una estúpida.

Aquel hombre le había declarado su amor y ella lo había creído.

—¿Sabes una cosa, Richard? Siento pena ahora por ti. También lamento que fallases la primera vez... No debí esconder aquellos

comprimidos. Ojalá los hubiese tragado y así ahora estarías más tranquilo... Sí, estarías lleno de alegría, porque al fin habrías logrado tu objetivo...

Delmer intervino:

—Tienes razón, nena. Fue un fallo lamentable. Yo también hubiese sido muy feliz, porque estoy deseando meterle mano a los cien mil dólares... Pero rectificaré a tu maridito. Anda, Richard, ¿tienes ahí el otro frasco?

—Sí —dijo Richard—. En la maleta.

La joven preguntó:

—¿Por qué dos frascos?

—Lo sabrás en seguida —contestó Delmer—. En el frasco que hay en la mesilla de noche, los comprimidos tienen una triple dosis. Con dos, hubieses tenido bastante para irte al otro mundo... Después de tu muerte sustituiremos ese frasco por el que venden en las farmacias mediante receta. Naturalmente, lo vaciaremos casi todo. Sólo dejaremos dos o tres comprimidos para dar la impresión de que te metiste en el cuerpo una dosis excesiva.

Carroll apretó los puños.

—Debo felicitaros. Lo han preparado todo muy bien.

—¿Verdad que sí, nena? —sonrió Delmer.

—Sólo veo un fallo.

—¿Qué fallo?

—Que yo no voy a tomar esos comprimidos.

Delmer se miró las uñas de la mano derecha y chascó la lengua.

—Pequeña, no deberías decir eso... Vas a hacer feliz a dos hombres y para ello, sólo necesitarás hacer una cosa. Morirte... ¿Por qué no has de ser condescendiente? Al fin y al cabo, casi se podría decir que harás dichosos al mismo tiempo a dos maridos.

—No tomaré los comprimidos —repitió Carroll.

—Claro que los tomarás. Tendrás una muerte dulce. Te aseguro que no te vas a dar cuenta de nada... Pero, si quieres poner las cosas difíciles, eso es cosa tuya... Tomarás los comprimidos aunque tengamos que utilizar la fuerza.

CAPÍTULO X

Martin Whale entró en el chalet número 4.

La radio estaba puesta.

Doris estaba bailando sola y se dirigió hacia él con una sonrisa en los labios.

—Querido, tardaste mucho...

Se colgó de su cuello.

Pero él seguía quieto, pensativo.

—Eh, Martin. ¿Por qué no me abrazas? Me gusta bailar este ritmo, es el mío, un poco lento, sensual...

—Sí, querida.

La enlazó por la cintura y ella pegó su cara a la de él.

Se deslizaron por el piso, pero poco después se acabó la pieza y un locutor se puso a dar un boletín de noticias.

Doris se apartó de Martin.

—Quiero un trago... Eh, Martin, ¿dónde está la botella?

—No fui por la botella.

—¿Dónde fuiste, entonces?

—Hice una visita a unos amigos.

—Oye, te encuentro la mar de raro, ¿qué es lo que te pasa?

—Estoy preocupado.

—¿Por qué?

—No es asunto tuyo.

La joven lo tomó del brazo y tiró de él hacia el diván.

—Anda, ven aquí... Sentémonos muy juntos... ¿Sabes que tengo un poco de frío?

Ella se tendió con mucha experiencia.

—Querido, bésame...

Pero Martin estaba distraído, con el ceño arrugado.

—¡Eh, Martin, que estás conmigo!

—Perdona, chica, pero tengo que volver...

—¿Volver? ¿Adónde?

—A ver a esos amigos.

—Pero ¿a qué infiernos hemos venido aquí? ¿Querías estar conmigo o con tus amigos?

—No seas gruñona y baila otro poco mientras yo vuelvo...

Martin salió del *bungalow* y se dirigió al número 7.

Esta vez golpeó la puerta con más fuerza que antes.

Sin embargo, tardaron más de quince segundos en abrir.

Richard lo miró con los ojos fruncidos desde la otra parte del hueco.

—¿Otra vez usted?

—Disculpe, pero quiero hacerle una pregunta —dijo Martin, al tiempo que se colaba en el interior.

—Eh, señor Whale, espere...

Pero Martin ya estaba dentro, mirando en derredor.

—¿Cómo está su mujer?

—Muy bien, ya le dije que dormía... Pero ¿qué es lo que quiere ahora?

—Mi radio se ha descompuesto.

—¿Qué?

—La radio, ya sabe... Me traje a la chica y estamos allí aburridos. De modo que pensé que quizá su mujer se había despertado ya y podíamos organizarla juntos.

—Oiga, ¿usted está bien de la cabeza?

—Claro que estoy bien. Usted cree que todo el mundo está loco...

—Entonces, debe haber bebido demasiado. ¿Cómo quiere que le invite a usted y a su chica a venir aquí, cuando es mi primera noche de casado?

—Bueno, será su primera noche, no lo niego, pero por la cara que tiene, parece que se está divirtiendo muy poco. Pero, no se preocupe, mi chica y yo los alegraremos en seguida.

—No, señor Whale, quédese con ella donde está...

—Como usted quiera.

—¿Quiere marcharse ya?

—No se enfade, señor Cardiff. Me voy...

Martin se fue hacia la puerta.

Richard dio un suspiro de alivio.

De pronto se oyó un grito.

—¿Qué fue eso? —preguntó Martin, volviéndose.

—¿El qué?

—Un grito. ¿Es que no lo oyó?

—No.

—Vino de esa habitación. —Martin señaló el dormitorio.

—Le repito que yo no oí nada.

—¿Supone que yo también sufro alucinaciones?

—No, de ninguna forma. Ya sé lo que fue. Mi mujer debe tener una pesadilla. Ya sabe, ha pasado muy inquieta las últimas horas.

—Entonces, será mejor que vaya a despertarla.

—Cuando usted se haya marchado.

—No, hombre, no hace falta. La pobre debe estar pasando muy mal rato. Yo le espero aquí.

Richard se mojó los labios con la lengua, sin moverse del sitio donde estaba.

Entonces, Martin echó a andar hacia el dormitorio.

—Eh, ¿adónde va? ¡Párese ahí, señor Whale!

Sin embargo, Martin no se detuvo y abrió de un tirón la puerta del dormitorio.

Carroll se estaba levantando de la cama, tambaleándose.

—¿Qué le pasa, señora Cardiff? —dijo Martin.

Llegó a tiempo hasta ella para sostenerla o, de lo contrario, habría caído al suelo.

Carroll cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Ayúdeme, Martin.

—Sí, Carroll, claro que la ayudaré. Pero, dígame, ¿qué se pasa?

—El rubio... Estaba aquí conmigo, hace un momento...

—No veo a nadie en la habitación.

—Ha tenido que salir.

—¿Cuándo?

—Hace apenas un minuto...

Por detrás de ellos, en el umbral del dormitorio, se oyó la voz de Cardiff.

—Señor Whale, ¿vio usted salir a alguien mientras estuvo ahí fuera?

—No, claro que no.

—Querida —dijo Richard—. Creía que el dormir un poco te habría aliviado, pero ya veo que eso es imposible...

Carroll balbució:

—Me golpeó en la cabeza, se asustó porque grité... Lo oí a usted, señor Whale. Ha de estar aquí... Ya sé... Estará en el cuarto de baño... No puede haber escapado, la ventana es demasiado pequeña...

CAPÍTULO XI

Martin echó a andar hacia el cuarto de baño.

—¿Qué va a hacer, Whale?

—Mirar ahí dentro.

—¿Es que va a creer lo que le dice mi esposa?

—No cuesta nada comprobarlo.

—Usted también está loco. En este *bungalow*, sólo estamos mi esposa y yo.

—Entonces, no tiene nada que temer.

Martin Whale no esperó otra respuesta de Cardiff. Abrió el cuarto de baño.

Volvió la cabeza hacia la joven.

—¿Desea venir, Carroll?

—¿Para qué?

—Quiero que lo vea usted con sus propios ojos.

La joven fue hacia allí, andando lentamente. Ya se había repuesto un poco.

Se detuvo junto a Martin y miró al interior del baño.

—¿Lo ve bien, Carroll?

—Sí.

—Ahí no hay nadie.

—No, no hay nadie...

—¿Cómo explica eso, Carroll?

—No lo comprendo. El estaba aquí hace unos momentos... Ya sé, ha huido por la ventana... sí, por la ventana del dormitorio.

Richard intervino.

—Eso no puede ser, Whale, yo intenté abrir la ventana y no pude. Iba a buscar al señor Gardner para que la arreglase. De todas formas, usted mismo puede comprobarlo, señor Whale.

Martin fue hacia la ventana de guillotina, pero no pudo abrirla.

—¿Está ya convencido, Martin? —dijo Richard.

Martin Whale no dijo nada.

—Señor Whale —prosiguió Richard—. Lo que acaba usted de hacer, es incalificable... Entró en el dormitorio de mi mujer sin mi permiso. Ella está enferma y, con su presencia, sólo ha conseguido que se altere más... Ya ha oído unas cuantas tonterías de ella y ahora estoy seguro de que dirá algunas más. ¿Puedo rogarle de una vez por todas que se marche y nos deje en paz?

Martin miró a la joven y luego dijo:

—Está bien...

Carroll gritó:

—¡No se vaya, Martin! ¡Por favor, no se vaya...! ¡Son dos asesinos!

—Ahora resulta que somos asesinos —repuso Richard moviendo la cabeza con pesar—. ¿La oye usted, señor Martin?

—¡Martin, tiene que creermelo! —gritó Carroll—. Mi marido y el rubio me van a matar. Mi marido me enamoró intencionadamente. Desde un principio sólo quería mi muerte. Me suscribió una póliza de seguro. Yo no lo sabía... Richard y el rubio se van a repartir el dinero... El se llama Delmer. Cuando usted llegó, Delmer se disponía a hacerme tragar por la fuerza unos somníferos. Así es como quieren matarme... Luego dirán que fui yo, que debido a la depresión nerviosa, no sabía lo que hacía...

Richard hizo chascar la lengua.

—Saldremos de aquí en cuanto amanezca. Fui un ingenuo, al pensar que yo podría curarla. La quiero mucho... Voy a sentir tener que ingresarla en una clínica psiquiátrica, pero tal como está, no me queda otro remedio.

Carroll se dejó caer de bruces en la cama y sollozó.

—¡Nadie me escucha! ¡Todo el mundo cree que estoy loca...!

Martin dijo:

—Lo siento por usted, señor Cardiff...

De pronto, Martin echó a andar hacia el armario.

—Eh, ¿qué va a hacer ahora? —preguntó Cardiff.

—No miré aquí —repuso Martin y abrió de un tirón.

Del interior salió un hombre con una pistola en la mano.

Era el rubio Delmer.

Martin retrocedió un paso.

El rubio le sonreía, pero no decía nada.

Carroll seguía sollozando, porque no se había dado cuenta del cambio de escena.

Entonces, el dueño de la estación de servicio, dijo:

—Señora Cardiff, ¿quiere echar un vistazo a este rubio?

La joven se levantó poco a poco, las mejillas surcadas por las lágrimas.

—¡Es él!

—Gracias. Ya se puede serenar, Carroll. Usted no está loca. Yo también veo al rubio.

Martin se volvió hacia Richard Cardiff.

—Ande, señor Cardiff, dígame que yo tampoco lo veo...

Delmer se echó a reír, estremeciendo los hombros y movió la pistola con mucha rapidez.

El cañón golpeó en el pómulo de Martin, el cual se tambaleó hacia la pared. Después, Delmer preguntó:

—¿Por qué se metió en esto, señor Whale?

—Eran demasiados para ella.

—¿Y por qué tenía que creerla? Era mucho más lógico confiar en el señor Cardiff. Debe haber otra razón para que usted se haya metido en esto hasta el cuello. Pero, si no contesta, yo le daré una pista... ¿Quizá se enamoró de Carroll?

—Es posible.

—Miren al dueño de la estación de servicio que quedó prendado de una linda esposa en su primera noche de bodas.

Martin sacudió la cabeza.

—Amigo, ustedes jugaron y perdieron.

—¿Y qué? —preguntó Delmer.

—Ella y yo nos marcharemos. Así acabará la cosa.

—¿Tan sencillo?

—No existen pruebas contra ustedes, de modo que pueden estar tranquilos. Ella y yo no podemos denunciarles a la policía. Seguirán arrastrándose en la vida como 10 que son.

—¿Y qué es lo que somos?

—Un par de gusanos.

Delmer rió de nuevo.

—Eh, Richard, ¿no dices nada? ¿No oíste al señor Whale?

Admitió que le gustó tu mujer... ¿Quieres echarle las muelas abajo? Ahora tienes la oportunidad.

—Le aconsejo que no lo haga —dijo Martin.

—El chico es fanfarrón —rió Delmer.

Martin se movió hacia la cama, en cuyo borde estaba sentada Carroll.

—Vamos, Carroll...

—Déjela quieta —dijo Richard—. No la toque.

—Ella va a venir conmigo, señor Cardiff, ya se lo dije.

La tomó por el brazo y la ayudó a levantarse.

Delmer se interpuso en su camino.

—Es usted imbécil, señor Whale... ¿Es que no me ve con una pistola en la mano? ¿Cree que lo voy a dejar marchar?

—Oiga, Delmer, ahora lo sé todo. Ustedes iban a matar a la muchacha. Tienen que abandonar su plan, y será mejor que no se opongan a nuestra salida.

—Ninguno de los dos va a marchar de aquí, porque los dos van a morir...

Martin sonrió.

—No está hablando en serio.

—Sí, señor Whale, le aseguro que sí, pero lo sabrá sin ningún género de dudas un segundo antes de que le meta una bala en el corazón.

—¿Qué estupideces está diciendo? Usted no me puede matar.

—¿Por qué no?

—Lo prepararon todo para que la muerte de ella pareciese un suicidio, pero ahora las cosas cambiarían mucho para ustedes. Usted mismo lo acaba de decir, me tiene que matar de un balazo, ¿cómo lo justificaría...?

Delmer sacudió la cabeza.

—Una interesante pregunta, señor Whale. Palabra que sí.

—Ande, deme la respuesta...

—Se la daré con mucho gusto. Lo puedo matar yo. Al fin y al cabo, yo no estoy aquí. Nadie me ha visto...

—Alguien lo ha visto.

—¿Quién?

—Gardner.

—Es más ingenuo de lo que yo creía.

—Entiendo, Gardner está de acuerdo con ustedes.

La joven gritó:

—Añora comprendo que lo está. Cuando llegué a su oficina y entró Delmer detrás de mí, dijo que él era mi marido, el hombre, con el que yo había llegado al motel...

—¿Se da cuenta, señor Whale? Todo quedará perfecto. Usted murió a manos de un desconocido. Además, tardarán mucho tiempo en encontrar su cadáver, yo me encargaré de eso.

—Parece que soy yo el que pierdo.

—Seguro, señor Whale.

—Está bien. Hay otra forma de arreglarlo.

—¿Cuál es? —inquirió Delmer.

—Dinero.

—Vaya, tiene una oferta que hacer, ¿eh?

—Sí, y va a ser buena.

—Hable, señor Whale.

—Ella y yo nos vamos. Ustedes no habrán hecho el trabajo gratis. Se encontrarán con cinco mil dólares. Creo que es un buen pago por todo lo que hicieron...

Delmer rió otra vez.

—Richard y yo seríamos muy malos negociantes. ¿Cómo se le ocurre esa tontería? Usted propone que cambiemos cinco mil dólares por cien mil... ¿Lo haría usted, Whale?

—Claro. Cobraría un buen montón de dinero sin necesidad de mancharme las manos de sangre.

—Qué buen muchacho. Seguro que esa estación de servicio le costó los ahorros de su vida.

—No haga comentarios acerca de mi vida. Lo importante ahora es que lleguemos a un acuerdo y que sea cuanto antes... Tengo el dinero en la estación... Acompañenme y tendrán los billetes. Desde allí, se podrán marchar.

—¿Sabes una cosa, Richard? Creo que el muchacho se pone en razón. Tú, y yo y tu mujercita seguiremos el viaje hacia Nueva York.

—No, ésa no va a Nueva York —opuso Martin.

—¿Por qué no, señor Whale? Una mujer debe seguir a su marido hasta que la muerte los separe.

—Le he dicho que ella se queda conmigo.

—¿Por qué no deja que sea Carroll quien decida, señor Whale?

—Está bien, que decida ella.

Todos miraron a Carroll y entonces la joven dijo:

—Me quedaré con el señor Whale, naturalmente.

Delmer se dirigió a Richard.

—¿Qué tienes que decir tú?

—Ella viene conmigo...

—¡Usted no tiene ningún derecho sobre ella! —exclamó Martin.

—Soy su esposo.

—No me haga reír.

—¿Quiere que le enseñe el certificado de matrimonio?

—Ahórrese esa molestia. Usted es un canalla. Enamoró a la chica para matarla. Pero no consentiré que usted se marche con ella. Sé que la mataría antes de llegar a Nueva York.

Delmer encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Eh, Richard, ¿ves cómo la defiende el muchacho? Es para no creérselo. La vio un par de veces y se le metió en la sangre. Nena, debes sentirte satisfecha... Hasta con alucinaciones, eres capaz de conquistar a un hombre. Pero eso no es raro, porque viendo el cuerpo que tienes, es para hacer esos sin haber bebido una gota de *whisky*.

—Es usted un cerdo —exclamó Carroll.

—Vaya, también la muchachita empieza a volver en sí ya.

—Sí, Delmer —dijo ella—. Ya he vuelto en mí, porque ahora sé que no estoy loca. Ha habido momentos en los que llegué a dudar de mi mente, pero ya todo se acabó... No hay alucinaciones, veo las cosas con absoluta claridad.

—Sólo falta que digas que también te enamoraste del muchacho del poste de servicio. Claro, ¿por qué no tienes que premiar al Pobrecito que se jugó la piel por ti?

Richard intervino:

—Esto no conduce a nada, Delmer. Terminemos de una vez.

—Sí, Richard, esto lo vamos a acabar en seguida. Tú te quedas aquí con ella y yo me llevo al entrometido. Vamos a hacer un viaje, un viaje sin regreso, ¿de acuerdo, señor Whale?

—Como usted quiera...

—Así me gusta, que sea obediente. Andando, Whale.

Martin dirigió una última mirada a Carroll y se puso en

movimiento.

Delmer fue tras él, apuntándole con la pistola.

Martin se dijo que no podía salir de aquel *bungalow*.

Si lo hacía, Richard mataría sin remisión a la joven.

CAPÍTULO XII

Whale se revolvió como una centella, descargando un puñetazo en la cara de Delmer.

Hizo un pleno.

El rubio se derrumbó en el diván, pero continuaba en posesión de la pistola.

Whale fue tras él y le atrapó la muñeca.

Los dos rodaron por el suelo.

Martin retorció la mano armada de Delmer, el cual lanzó un grito de dolor.

El arma cayó al suelo.

Martin la tomó con la mano izquierda.

Richard llegaba corriendo desde la otra habitación, para prestar ayuda a Delmer.

Entonces, Martin retrocedió unos pasos.

—Quietos los dos o empiezo a tiros...

Ambos se inmovilizaron.

Delmer se levantó, escupiendo maldiciones.

Richard tragó saliva.

—¿Qué va a hacer, Whale?

—Entregarlos a la justicia.

—¿Bajo qué acusación? Usted mismo dijo que no se nos podía probar nada.

—Eso ya lo veremos.

—No sea iluso, Whale. Ningún fiscal podría obtener una sentencia condenatoria contra nosotros dos. Usted podrá contarle la historia que quiera, pero sólo será eso, una historia... Aceptaremos su oferta. Denos los cinco mil dólares y Richard y yo nos marcharemos.

—Les voy a participar un secreto. No tengo los cinco mil dólares. ¿Cómo pudieron pensar que los pudiese tener? Sólo poseo un par de centenares.

Delmer sacudió la cabeza.

—Yo no lo creí, Whale.

—Eso es lo que usted dice ahora, pero ya da lo mismo.

Se oyeron pasos en el dormitorio y Carroll apareció en el hueco.

Daba la impresión de que estaba muy débil.

Se apoyó en el marco.

Richard la miró y dijo:

—Quiero que sepas algo, Carroll... Es cierto que te elegí como víctima, pero te quiero.

Los senos de la joven se agitaron tempestuosamente.

—No seas cínico, Richard. Nadie mata lo que quiere.

Ahora le llegó el turno de reír a Martin.

—Resulta usted poco convincente, Richard... ¿Por qué no le hace una declaración de amor en toda regla? Ande, háblele de su cabello, de sus ojos, de su boca...

En los ojos de Richard relampagueaba la furia.

—¿Por qué se metió en esto, por qué, Whale?

—Tengo un defecto, ¿sabe? No me gusta que asesinen a mis semejantes.

—Usted debió creer lo que yo decía... ¿Por qué motivo la creyó a ella? La escena estaba bien montada, eran alucinaciones, no podían ser otra cosa...

—También haré otra confidencia, señor Cardiff... Su mujer me gustó, es cierto, ¿lo oye bien? Y pensé que valía la pena hacer algo por ella.

—Cuidado, Martin —gritó Carroll.

Whale giró rápido.

En el hueco del *bungalow* había aparecido Gardner. Tenía una pistola en la diestra.

—¡Suelte eso, Gardner! —gritó Martin.

Gardner no le obedeció.

Hizo fuego.

Martin ya había cambiado de lugar y disparó una fracción de segundo después.

El dueño del motel recibió el impacto en el cuerpo y apretó el

gatillo otra vez, pero ahora disparó alocadamente. Movi6 mucho el brazo.

La bala se incrust6 en el pecho de Richard, que se tambale6 y finalmente, cay6 en el suelo.

Gardner dej6 caer el rev6lver y se mir6 el boquete que ten6a en el pecho.

Entonces, solt6 un chillido.

—¡Un doctor! —grit6—. ¡Quiero un doctor...!

Dio la vuelta y sali6 de la casa, pero tropez6 en la escalera y cay6 de bruces.

Delmer hab6a echado a correr hacia la puerta para escapar.

—Quiet0, rubio, o te mando tambi6n al infierno —dijo Martin.

Delmer detuvo su carrera y se volvi6 sonriendo.

—No dispare, Whale. Est6 visto que usted gan6 la partida.

Carroll ech6 a andar despacio hacia el lugar donde estaba Richard.

Ya hab6a muerto.

* * *

Carroll sali6 de la comisar6a de Andersonville donde hab6a prestado su declaraci6n.

El cielo era azul y luc6a un sol radiante.

Martin estaba al lado de su auto.

Los dos se enfrentaron en silencio.

—¿Qu6 va a hacer, Carroll?

—Volver6 a Center Port, con t6a Suzanne.

—¿A qu6 se dedicaba antes?

—Era bibliotecaria de la escuela p6blica.

—¿Le conservan el puesto?

—No, pero ya encontrar6 alguna otra cosa.

—Yo le puedo ofrecer trabajo.

—¿Usted, Martin?

—Necesito que alguien me ayude a llevar el negocio. Yo lo hago porque no tengo a nadie, pero nunca me han gustado los jaleos que se relacionan con papeles, ya sabe, notas de los proveedores, cuentas de los Bancos...

—Se est6 exponiendo demasiado.

—¿A qué?

—A que diga que sí.

Martin sonrió.

—¿Y por qué cree que le hice la oferta?

Carroll dejó correr unos segundos y sonrió mientras movía la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Vamos a casa? —dijo Martin.

—Sí, vamos —contestó ella.

Entonces, los dos entraron en el auto.

Martin puso en marcha el motor y el vehículo empezó a correr hacia la estación de servicio.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).